7254

EL MÍSTICO

DRAMA

en cuatro actos y en prosa

ESCRITO EN CATALÁN POR

SANTIAGO RUSIÑOL

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

JOAQUÍN DICENTA

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PROPIEDAD
MADRID

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

8

A Emilio Ghinillier

Angel Ducrot

EL MÍSTICO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL MÍSTICO

DRAMA

en cuatro actos y en prosa

ESCRITO EN CATALÁN POR

SANTIAGO RUSIÑOL

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 3 de Diciembre de 1904

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1904

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARTA, sobrina de Francisca y del Padre Juan (22 años)	Sra. Pino.
FRANCISCA, madre de Ramón (50 íd.).	Caro.
LA BARONESA (35 íd.)	Srta. Catalá.
LA PRESIDENTA DE LA JUNTA DE DAMAS (50 íd.)	Sra. Torres.
EL P. RAMÓN (en el 1.er acto Ramón).	Sr. Borrás.
MIGUEL (35 íd.)	Vico
EL OBISPO (60 íd)	Balaguer.
EL P. JUAN, hermano de Francisca (60 íd.)	Lliri.
DON ANDRÉS (40 íd.)	Gonzálvez.
EL SECRETARIO DEL OBISPO	González.
EL CAMPANERO	Mora.
JORGE DEL POZO (30 íd.)	Sala.
SARIOL (30 íd.)	Manrique.
POBRE 1.º	Baylés.
IDEM 2.º	Serrano.

Un paje, pobres, niños y niñas.

ÉPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

La escena representa una sala con paredes blanqueadas de yeso en la rectoría de un pueblo montañés. A la izquierda una puerta de una hoja que da á las habitaciones interiores de la casa. Al fondo, junto á una galería que se supone da al campo, habrá otra puerta que comunica con la iglesia. Por la balaustrada de la galería se verán, sobre un segundo fondo, el ábside y el campanario de la iglesia; á lo lejos se extiende la campiña. En las paredes de la sala habrá estampas de santos, una hornacina con una imagen, un santo Cristo y dos ó tres cuadros con marcos antiguos y estropeados. En un ángulo un armario de pino pintado. En el centro una gran mesa. En la balaustrada de la galería se enredan madreselvas y pasionarias.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN, FRANCISCA, MARTA, NIÑOS y NIÑAS. Al alzarse el telón Francisca hará como que entra y sale arreglando la habitación. Marta está apoyada en la balaustrada de la galería contemplando el campo. Ramón, en primer término, cerca de la hornacina, rodeado de niños y niñas que dan lección de catecismo. El rezo de los niños empezará antes de levantarse el telón, con el «Padrenuestro»; el telón se levantará con la frase que comienza la escena

NIÑOS (A coro.) «Dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.»

RAM. Muy bien. Decís el catecismo como unos ángeles.

611069

FRAN. Unos ángeles que roban los manzanos y no dejan en ellos ni las manzanas verdes.

RAM. Déjelos estar, madre. Son como los gorriones; aun ignoran lo que son cercados.

FRAN. ¿Cuándo van á aprenderlo?

RAM. Demasiado pronto lo sabrán. Entre tanto, que vuelen aquí y allí; donde haya fruta. Dios la crió para todos los hombres.

FRAN. Hijo mío, no sé qué doctrina es la tuya; cuando seas cura vas á tener la manga muy ancha.

RAM. No lo crea usted. Acuérdese de lo que dice el Padrenuestro. El pan nuestro de cada día...

NIÑOS (Canturreando.) Dánosle... hoy...

RAM. Mire usted qué contentos están.

FRAN. Porque las manzanas no son suyas.

RAM Todo es de Dios; lo de Dios es de todos.

FRAN. Sí, pero estos ángeles te arrancarían los ojos si fueses á cogerle lo suyo.

RAM. Por la misma razón conviene curar sus egoísmos desde que son pequeños. ¿Verdad, hijos, que cuando seais grandes repartiréis todo lo vuestro?

NIÑOS ¡Sí! ¡Sí!

RAM. ¿Verdad que viviréis como hermanos y no haréis distinción entre ricos y pobres?

NIÑOS ¡Sí! ¡Sí!

RAM. ¿Los oye usted?

FRAN. ¿Pero tú los crees?

RAM. ¡Es tan bueno creer! Mejor que bueno, hermoso; sobre todo cuando se creen cosas hermosas. ¿A que no sabe usted por qué enseño muchas oraciones en verso a estas criaturas? Porque la poesía es lo único que merece la pena de recordarse en este mundo.

FRAN. No te entiendo.

RAM. Ellos sí me entienden; me entienden por instinto y aprenden sin darse cuenta de que lo hacen. ¡Ay! ¡Si fueran niños siempre!

FRAN. Tú sí que siempre lo serás.

RAM. ¡Qué más quisiera yo!

FRAN. Algunas veces creo que estás dejado de la mano de Dios.

RAM. Dios no nos deja nunca; nosotros le dejamos á él.

FRAN. Llámalo hache.

RAM. ¡Hala, niños! A correr, á volar, á aprender la doctrina en el campo, en el bosque y en la llanura; á mirar al cielo y á crecer.

UN NIÑO ¿Cuándo volveremos?

RAM. Mañana, al toque de oración.

NIÑO 1.º (Yéndose por la puerta de la galería.) ¡Vamos!

NIÑOS (Yéndose saltando y gritando.) ¡Buenas tardes!... ¡Buenas tardes!...

RAM. Buenas las tengáis, hijos míos.

FRAN. Amén. ¡Cuidadito con las manzanas!

ESCENA II

RAMÓN, FRANCISCA y MARTA

RAM. Déjelos usted, madre.

FRAN. ¡Ea, que no te entiendo! Antes de vivir con tu tío, había tratado á muchos sacerdotes y á muchos estudiantes de cura, pero con tu modo de pensar no había tratado á ninguno.

RAM. ¿No estudio?

FRAN. ¡Demasiado! Para mí que te perjudica saber tantas cosas. ¡No sé de qué van á servirte esos que llamas versos el día que tomes las órdenes!

RAM. Usted no sabe lo que son versos, madre.

FRAN. Sí lo sé; tonterías.

RAM. No hable usted así, porque ofende á nuestro Señor.

FRAN. Pues qué, ¿hacía versos nuestro Señor?

RAM. No hizo nada más que poesía mientras vivió, ¡y qué versos, madre! tan hermosos, tan llenos de piedad, tan bordados de misericordia, que quien llega á leerlos no lee otros más en su vida.

FRAN. ¡Bueno! Tú como sabes latín, piensas que yo debo entenderlo todo.

RAM. El corazón no habla latín.

FRAN. ¡Por mí que no lo hable! Lo que yo te digo

es que hemos tenido y tenemos suerte con tu tío que nos mantiene en la rectoría á mí y á tí, y á la Marta desde que Marta quedó huérfana. Si no fuera por él, ignoro dónde iríamos á parar.

RAM. Ya sabe usted que la miseria no me espanta. La considero un bien.

FRAN. Pues yo no. Tú con cualquier cosa te conformas; yo, andando el tiempo, te quiero ver canónigo.

RAM. ¿No preferiría usted verme hecho un buen cura á verme ocupando un cargo superior á mis fuerzas?

FRAN. ¿Qué fuerzas se necesitan para ser canónigo?

RAM. No diga usted heregías, madre; la vida de la soledad, vida que no comprende usted, me seduce más que todas las riquezas y dignidades; Cristo sólo fué Cristo.

FRAN. Siempre con tus cosas. En el mundo hay que ser buen creyente, eso sí; yo lo soy porque me lo enseñaron de pequeña.

RAM. ¿Nada más que porque se lo enseñaron de pequeña?

FRAN. Y ¿por qué iba á serlo si no? Me han enseñado á creer y creo; sólo que creo con prudencia. La devoción es buena; pero siempre he oído decir que la obligación es antes que la devoción. A Dios le gusta que pensemos en él, pero sin dejar nuestros quehaceres. Por algo se dice: «Ayúdate y te ayudaré.» «Reza á las horas de rezar y después á tus ocupaciones.» «Cumple con Dios, pero cuida tu hacienda.»

RAM. El Señor no dice eso.

FRAN. A mí me han enseñado que lo dice.

RAM. Tuvo usted malos maestros.

FRAN. Mejores que los tuyos. Tú no te ocupas en nada útil. ¡Siempre leyendo y paseando ó encerrado en tu habitación! ¿Qué haces tantas horas encerrado en tu habitación?

RAM. Estudiar.

FRAN. Creí que hacías penitencia.

RAM. ¿Y si la hiciera?

FRAN. Harías mal; ¿qué pecados tienes tú para hacer penitencia?

RAM. Todos pecamos, madre mía; á veces hacemos el mal sin saberlo.

FRAN. ¡Ay! ¡Dios te haga un santo!... Mira, hijo; muchas veces hay que mirar un poco por uno y vivir sin pena ni gloria, como aquel que dice. Claro que ha de haber santos; pero en la tierra no. Cumple con Dios,—ya hace demasiado el que cumple—y piensa que nadie, ni los libros, ni los confesores, te darán mejores consejos que tu madre... ¿Pero no me escuchas?

RAM. Me da usted lástima.

FRAN. ¿Porque soy un poco regañona?

RAM. Porque vive y vive y no hace nada más que vivir, sin enterarse de lo que ha venido á hacer en el mundo.

FRAN. Enterada estoy; y de sobra. ¿Sabes lo que hemos venido á hacer en este mundo? Sufrir y trabajar.

RAM. Sí; pero esperando en la otra vida.

FRAN. Aunque sea así; no veo que haya inconveniente para que procuremos pasarlo en ésta lo mejor posible.

RAM. No nos entenderemos nunca. Usted mira á la tierra, yo no.

FRAN. Yo sí que no te entiendo.

RAM. ¡Pobre madre! No se preocupe usted por mí; déjeme vivir en mí mismo. Usted siente deseos de grandezas; yo de humildades: las humildades son grandezas también.

FRAN. ¡Bah! (A Marta.) ¿Y tú qué haces ahí mano sobre mano? ¿Meditas? ¡Aquí todo el mundo medita!

RAM. ¿Va usted á sermonearla también?

FRAN. Claro que sí; todo el santo día tengo que estar sermoneando. Al fin y á la postre, voy á ser yo el único cura de esta casa. (Se va por la derecha.)

ESCENA III

MARTA y RAMÓN

RAM. No la hagas caso, Marta.

MARTA Ya estoy acostumbrada.

RAM. Es muy buena, pero tiene sus cosas. ¿Qué miras?

MARTA El valle.

RAM. ¡Qué hermoso es! ¿verdad? ¡Qué de pueblos y de caseríos y de montañas se ven desde esta galería!

MARTA Demasiado vistos los tengo.

RAM. Siempre encanta mirarlos: á la claridad blanca del amanecer, á la luz quemante del medio día y á los tibios resplandores del sol poniente, son siempre hermosas; y, aunque son las mismas, cada distinta claridad las hace distintas también.

MARTA Me es igual; Ramón, yo me aburro.

RAM. ¿Qué dices?

MARTA Digo que me aburro, que me entristezco, que echo de menos algo.

RAM. ¿Qué es lo que echas de menos?

MARTA ¡Qué sé yo! Los tiempos pasados. Tal vez los tiempos por venir.

RAM. Quien sabe vivir solo no se aburre jamás.

MARTA Yo no sé vivir sola. Tú tienes la culpa de que no lo sepa.

RAM ¿Yo?

MARTA Sí, tú.

RAM. ¿Por qué yo?

MARTA ¿Tan fuera de este mundo vives que no te has enterado?

RAM. No te comprendo.

MARTA Ni creo que me hayas comprendido nunca.

RAM. Pero dí, ¿de qué tengo la culpa yo?

MARTA Escucha, ya que quieres que hable. Cuando tu madre me recogió, yo era como las otras muchachas de este pueblo; nada echaba de menos; nada ambicionaba tampoco. Como una ignorante vivía; en paz, sin ambiciones;

trabajando por trabajar, riendo por reir, pasando los días maquinalmente, como se pasan las cuentas del rosario; al llegar la ocasión, me hubiera casado, como se casan aquí todas, con un joven, aldeano ó de la ciudad, y hubiera vivido como viven todas las de aquí, humildemente, sin afanes, sin deseos... sin nada, queriendo la hora precisa de querer y trabajando el resto del día, con la resignación de una bestia.

RAM. ¿Qué dices?

MARTA Ya lo he dicho. No veía más allá entonces; bien lo sabes tú. Vivía contenta de vivir; ni esperaba nada, ni sabía lo que era el corazón; ignoraba que lo tuviese; rezar era para mí un modo como otro cualquiera de dormirme.

RAM. ¿Y yo tengo la culpa...?

MARTA De eso no; de mi despertar la tuviste. Tú, poco á poco, día por día, fuiste metiéndome en un mnndo que no se había hecho para mí. Primero me enseñaste á escribir y á leèr; después me diste libros que me hacían pasar las noches en vela, que me trasportaban, que llevaban mi pensamiento á soñar cosas imposibles... Aquellas lecturas acabaron por enfermarme.

RAM. No creí hacerte mal.

MARTA Si no me lo hacías entonces; si no es de entonces de lo que me quejo; ¡si es de ahora! ¡Si aquellos días pasados son los que echo de menos sin que tú lo comprendas! ¿Te acuerdas de los versos que me recitabas cuando obscurecía, aquí, al pie de la pasionaria? ¿Recuerdas que muchas veces los versos no acababan porque se encontraban nuestros ojos mirándose muy fijo, muy fijo...? ¿Recuerdas que muchas, muchas veces también, teníamos que volver la cabeza hacia el valle porque nuestros corazones saltaban dentro de nuestros pechos queriéndose ir el uno hacia el otro?

RAM. ¿A qué me lo recuerdas? ¿No ves que haces mal en recordarlo?

MARTA Para decirte que no me enseñaste poesía únicamente; me enseñaste á amar; ¡á amar tanto que ya no podré vivir sin amar!

RAM. Entonces era yo muy joven... aún no podía dominarme... tú eras ..

MARTA (Esperanzada.) Sigue.

RAM. Nada. Procura olvidar como he procurado hacerlo yo.

MARTA ¿Eso me contestas? ¿ves como tengo motivo para echar de menos el ayer? ¡Y quieres que encuentre hermoso el valle!

RAM. No sigas, Marta ¡por Dios! no sigas. Aquel amor ha concluído.

MARTA ¿Estás seguro, ingrato? Si es así, ¿por qué no te atreves á mirarme? ¿Por qué bajas los ojos? ¿Tan pronto se te ha enfriado el corazón?

RAM. Más encendido que nunca lo tengo; pero el fuego de ahora no arde, no arderá más en los altares de la tierra; el corazón que calentaron tus alientos, ha remontado el vuelo á regiones más puras.

MARTA Ahora amas á todas menos á mí, ¿verdad?

RAM. A tí como á todas; más que á nadie; de poder llevar conmigo tu alma, nada más que tu alma, la llevaría sobre el pecho como un relicario.

MARTA ¿Dónde me llevarías?

RAM. A rogar por los hombres; á seguir un calvario de gloria. Oye. Siento en mí deseos que me impulsan á luchar con armas de amor, un afán invencible de dignificar á todos mis hermanos ante los ojos de mi Dios; ¿qué he de hacer para conseguirlo? No lo sé todavía. Si tuviera riquezas las daría todas, hasta el último bocado de pan. Si mi palabra poseyera el espíritu de la persuasión, iría predicando por el mundo, hasta caer, hasta morir. Si mi sangre sirviese de remedio, daría mi sangre hasta la última gota. Pero ¡ay! recelo que sólo nací para cantar; y la voz de los poetas ya no puede consolar á los hombres.

MARTA ¡Pobre de mí!

RAM. ¿Me comprendes, Marta?

MARTA Demasiado; que yo también he nacido para amar; y después de haber querido mucho, como ya sé querer, querré más. Lo desconocido me espanta.

RAM. ¡Calla!

MARTA ¡Para lo que te importo!

RAM. No lo sabes bien; no sabes lo que es plegar las alas de las primeras ilusiones y convertir en incienso lo que más se ha amado al amanecer dela vida. ¡Ay! ¡si supieras lo que va á costarme matar esta pasión!

MARTA ¡Y si tú supieras todas las pasiones que has despertado en mí!

RAM. ¡Si supieras mis horas de fiebre, de desfallecimiento, de dudas, de martirio; de querer rezar y no poder, de querer verte y no venir á verte, de huir y volver á tu lado, de torturar mi espíritu para curarme de este amor!...

MARTA ¿Te has curado?

RAM. No me lo preguntes.

MARTA ¿De qué tienes miedo? habla.

RAM. De decir la verdad; de mentir acaso.

MARTA Escucha, Ramón, ¡escúchame, por Dios! Aun es tiempo. Recoge para mí un poco de ese tesoro de dulzura que quieres esparcir por el mundo. No es delito que me ames; casados podemos ser buenos también; Dios nos ha hecho, estoy segura de ello, para que seamos el uno del otro. No lo dudes; pregúntatelo á tí mismo desde el fondo de tu conciencia.

RAM. Mi conciencia me traza el camino que he de seguir. Lo veo como en sueños, pero lo veo claramente, y lo veo como un hermosísimo calvario.

MARTA Piensa que matas todas mis ilusiones; piensa que soy mujer.

RAM. Rezaré por tí.

MARTA Y yo por tí me condenaré.

RAM. ¡Calla! No blasfemes.

MARTA Tú me obligas á ello.

RAM. Dios tiene en sus manos nuestro destino.

Serás buena; estoy seguro de ello, porque mis rezos te ayudarán y te ayudará la divina misericordia.

MARTA No eres de este mundo.

RAM. ¡Ojala no lo fuera!

MARTA No lo eres. (Dirigiéndose hacia la galería.) Adiós.

RAM. ¿Dónde vas?

MARTA ¿Dónde quieres que vaya? A mirar el valle, nuestro valle de todos los días, siempre igual, como dices tú y siempre diferente, voy á aburrirme, á esperar lo desconocido.

RAM. Marta, ten esperanza en mí.

MARTA Más la tendré en los otros.

RAM. Me aborreces, ¿verdad?

MARTA No, Ramón; para que te convenzas, toma. (Arrancando de la enredadera de la galería una pasionaria y ofreciéndosela á Ramón.)

RAM. ¿Una pasionaria?

MARTA No hay en casa otras flores. Además, es la flor propia de nosotros. Mírala en el porvenir; mírala cuando te mires á tí mismo y mírala, más que nunca, cuando no me veas. (Marta queda mirando el valle y Ramón, que ha guardado la pasionaria, con la cara oculta entre las manos.)

ESCENA IV

MARTA, FRANCISCA, RAMÓN, EL PADRE JUAN

P JUAN (Entrando muy sofocado por la izquierda.) ¡Deprisa, hijos míos, deprisa!

MARTA (Volviéndose.) ¿Qué sucede?

RAM. (Levantando la cabeza.) ¿Qué hay?

P. JUAN ¡Sacad sillas! ¡Traed bizcochos y chocolate! ¡Arreglad el altar! ¡Tocad las campanas!

FRAN. (Que entra por la derecha.) ¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre?

P. JUAN ¡El señor Obispo! (A Ramón.)

FRAN. ¿Una desgracia?

P. JUAN ¡Qué desgracia! que viene el señor Obispo.

RAM. ¡Qué suerte! Dios le envía.

FRAN. ¿Y cuándo llega?

P. JUAN En seguida... ahora... de aquí á tres segun-

dos. ¡Muévete! El campanero me lo ha dicho; se ha detenido un momento en el pueblo para bendecir á la gente, y me ha enviado razón de que venía á casa con el diputado, con los pajes. ¡Con todo el mundo!... ¡que venía en persona! tal como lo oyes, en persona; y revestido de toda su alta dignidad.

FRAN. ¿Qué quieres que hagamos?

P. JUAN ¡Ay! ¡no lo sé! ¡La virgen de los atribulados me ayude!

RAM. Vaya, no hay que apurarse. El señor Obispo debe ser un hombre muy sencillo.

P. JUAN No tan sencillo como tú lo piensas, Ramón.

FRAN. Vamos, da órdenes.

P. JUAN Primero... chocolate.

FRAN. Eso ya lo has dicho.

P. JUAN Después... bizcochos.

FRAN. ¿Nada más que bizcochos y chocolate?

P. JUAN Pon aquel sillón de cuero á la cabecera de la mesa... un taburete para los pies... poned todas las copas y todos los platos.

FRAN. ¿Y sólo para un chocolate vamos á sacar tanta vajilla?

P. JUAN Tienes razón; no sé lo que me digo.

MARTA ¿Dónde le va usted á recibir?

P. JUAN ¿Dónde quieres que lo reciba? Aquí mismo. Desde aquí disfrutará una buena vista. Es lo único que podemos ofrecer al bendito señor, una buena vista.

MARTA ¡Siempre la buena vista! Seguramente las ha disfrutado mejores.

P. JUAN Eso sí que lo dudo. En la ciudad no las tienen como estas. Todos los obispos viven en palacios muy anchos, pero en callejones muy estrechos. A eso vendrá el nuestro, á esparcirse; es decir, á eso y á visitar á nuestra virgen. De sobra sabe él que no hay otra tan milagrosa ni tan buena.

RAM. La virgen es en todas partes la misma.

P. JUAN ¡Claro! pero cada uno quiere lo suyo, y yo estoy por la nuestra; ¡no hay otra que tenga su sonrisa!... Cuando el señor Obispo la vea, no le sacamos de la iglesia con pinzas.

FRAN. ¿A qué le vamos á sacar con pinzas?

P. JUAN Es un decir, mujer. Ponedla el manto de damasco y los seis floreros, y todos los anillos y la falda de seda amarilla, y encended todos los cirios del altar.

FRAN. ¡Buena luminaria!

P. JUAN Aun es poco. Coged los cirios de todos los altares y encendedlos también; encendedlo todo; que la iglesia estalle de alegría y de luz; quiero enterar al señor Obispo de que habrá iglesias con más santos, pero iglesias donde los santos estén mejor cuidados, no hay otra, ni en el obispado suyo ni en ninguno.

FRAN. ¡Dios mío, qué trabajos y qué trajín!

P. JUAN Y vosotros, ¡á ver cómo os portais! Tú, Francisca, no hables delante de él.

FRAN ¡Yo! Si nunca digo una palabra, ¡pobre de mí!

P. JUAN Una, no; muchas dices; hoy te suplico que hables poco.

FRAN. No abriré la boca.

P. JUAN Tanto como eso, no; ábrela, pero con prudencia. Tú, Marta, puedes recitar alguna cosita.

MARTA ¿Yo? ¡Dios me libre! ¿Piensa usted que soy todavía una criatura?

P. JUAN Al lado del pastor todos son criaturas; y tú, Ramón, escucha bien lo que te dice, y si te da algún consejo, síguelo.

RAM. Le escucharé más de lo que usted piensa. Hay días en que necesita uno escuchar. Hoy es uno.

ESCENA V.

LOS MISMOS y el CAMPANERO

CAM. ¡Señor rector, baje, baje pronto, que ya sube el coche por la cuesta!

P. JUAN ¡Cómo! ¿Ya están ahí?

CAM. Suben poco á poco, á paso de solemnidad. ¡Qué cochada!

P. JUAN Ramón, vamos á recibirlos. Tú, Francisca, ya estás enterada... Tú, Marta... lo que quieras. Yo... yo no sé... Tú, Campanero, cuando vayan á entrar en la iglesia, tocarás todas las campanas.

CAM. ¡Todas!... ¡Si solo tengo dos!

P. JUAN Pues tócalas de prisa, así parecerá que hay muchas. (Salen el Padre Juan y Ramón por la izquierda.)

ESCENA VI

FRANCISCA, MARTA, el CAMPANERO

FRAN. (A Marta.) Enciende la lumbre y prepara la chocolatera. (Marta entra y sale por la derecha. Francisca saca del armario copas y las limpia con un paño.) Campanero, trae sillas.

MARTA ¡Gracias á Dios que se acaba en esta casa la monotonía!

FRAN. El día que podamos recibir al muchacho de obispo, ¡qué satisfacción! ¿Verdad, Marta?

MARTA Nunca le recibiremos de obispo.

FRAN ¿Qué sabes tú?

MARTA El no tira para mandar, tira para creer.

FRAN. ¿Para creer en qué?

MARTA En todo y en todos.

FRAN. ¡Ya verás como cuando contemple la majestad del señor Obispo se vuelve loco, y desea ser otro tanto!

CAM. Yo creí que tendría más majestad; que vendría con mitra y báculo.

FRAN. ¿Quieres que ande con mitra por las carreteras, estúpido?

CAM. Puede que tenga ustéd razón, señora Francisca, pero vaya, ni tanto ni tal calvo. Si yo fuese obispo iría cargado de oro y plata y de todos los ornamentos.

FRAN. ¡Calla... tonto! No comprendes que parecerías un escaparate.

CAM. Mejor. De ese modo tendría más devotos y harían más caso de mí.

MARTA Yo llevaría muchos anillos.

CAM. También harían más caso de tí.

FRAN. (Al Campanero.) ¿Qué? ¿Le has visto de cerca?

CAM. Como de usté á mí. No he podido besarle el anillo porque venía en coche y no era cosa de decirle al cochero: «Para, que allá voy.» Repartía bendiciones por todas partes, á la izquierda, á la derecha, al frente, á la espalda. Como he visto que no había ninguna para mí, porque no se había enterado de que yo estuviera presente, he hecho con la cabeza así, (Acompañando la palabra con la acción.) como quien dice: «¿Qué? ¿No hay nada para el Campanero, señor Obispo?» Entonces me echó una y he quedado más bendito que los demás porque aquella bendición era para mí solo; como si dijésemos de hombre á hombre.

MARTA ¡Sí has tenido suerte, Campanero!

CAM. Dios me la conserve. Otro en mi lugar se daría pisto, yo no; ya me ven ustedes, tan natural. Eso sí, le daré las gracias con mis campanas. Le tocaré la *Marcha real*, y la *Niña Pancha* y las *Sevillanas*... En eso tengo mucho *puntillo*.

FRAN. Limpia estas copas, *puntilloso*.

CAM. Lo que más quiero de la iglesia son las campanas. No están mal los santos y los altares y el coro, y etc., pero, vaya, si no fuera por las campanas la misa no sería misa.

FRAN. Lo mismo.

CAM. Como usted quiera; pero yo no iría.

FRAN. No digas burradas.

CAM. No iría, tal como lo digo. El ruido de las campanas me empuja hacia la iglesia. Cada hombre tiene la religión á su manera... y cada mujer también.

FRAN. ¡Si te oyese el señor Obispo!

CAM. Igual se lo diría. Le diría: «Señor Obispo, tocar las campanas es mi vanidad.» Y él me respondería: «Conforme, Campanero.» Y quedaríamos tan amigos como antes.

FRAN. Muy bien. Pero dejémonos de vanidades mundanas, como dice el chico, y acabemos

de preparar el desayuno. Marta, ¿encendiste el fuego?

MARTA Todo está á punto.

CAM. (Mirando por la galería.) ¡Ya suben, ya suben!

FRAN. ¿Todos?

CAM. ¡Y más que hubiera!... Ilustrísima, diputado, y... ¡alza ya! ¡Campanas al aire!

FRAN. Abre la puerta. (El Campanero abre y entran primero el Obispo, don Andrés, el Secretario del Obispo, Jorge del Pozo y un Paje. Detrás el Padre Juan y Ramón.)

ESCENA VII

EL OBISPO, DON ANDRÉS, EL SECRETARIO DEL OBISPO, JORGE DEL POZO, RAMÓN, PADRE JUAN, FRANCISCA, MARTA, EL CAMPANERO y UN PAJE

OBISPO La paz de Dios sea en esta casa.

P. JUAN Entren, entren y tomen cuanto puede ofrecerles la buena voluntad de la rectoría de un rectorcillo de montaña. (Marta, Francisca y el Campanero besan la mano del Obispo. Este les bendice.)

CAM. Señor, yo quise besarle la mano en el camino, pero no pude; perdóneme.

OBISPO Dios te haga bueno.

JORGE ¡Qué blancura de casa! ¡Qué ambiente de honradez! (Mirando por la galería.) ¡Qué vista desde la galería!... ¡Miren, miren ustedes por aquí!

P. JUAN Eso sí. Lo que es la vista la tenemos buena.

D. AND. Desde esta galería se ve todo un distrito electoral.

P. JUAN Siéntense, siéntense, que están en su casa.

OBISPO Señor rector, no haga por nosotros ningún extraordinario. No venimos á turbar la paz montañesa.

P. JUAN (Indicando el sillón.) Siéntese aquí, señor Obispo.

OBISPO En cualquiera parte.

P. JUAN De ningún modo. A su ilustrísima le corres-

ponde este sillón. No tenemos otro mejor en la rectoría.

OBISPO Es un sillón de aquellos tiempos... de los tiempos pasados. (Todos se sientan en torno de la mesa.)

P. JUAN Sí, señor Obispo. Aquí todo es de los tiempos pasados. Buenas vistas y pocos muebles. Pobres y contentos.

OBISPO Eso es lo principal: Conservar la alegría propia á quien tiene su conciencia tranquila.

P. JUAN No podemos quejarnos. Gracias sean dadas á Dios nuestro Señor, aquí vivimos con toda la paz de la tierra. Los alimentos son sanos. Los aires puros, la vista... ya la han visto.

OBISPO Y la gente, ¿es buena?

P. JUAN ¡Ptchs! La gente... un poco egoísta, como en todas partes, con los defectos y las miserias propias de este mundo; aferrados á guardar lo propio y á tomar legalmente algo de lo ajeno. Pero, en no pidiéndoles dinero, cumplen.

D. AND. Es muy buen distrito.

P. JUAN Cumplen.

OBISPO ¿Religioso?

P. JUAN Cumplen.

OBISPO ¿Se hacen muchas limosnas?

P. JUAN Ya lo dije antes; cumplen.

FRAN. ¡Y aun...!

P. JUAN Tiene razón Francisca, y aún. Yo hago lo que puedo, pero puedo muy poco.

D. AND. También yo he procurado hacer algunas mejoras morales. En religión, ¿á qué ocultarlo? soy oportunista, es decir, hago como dice el señor rector, cumplo; pero comprendo que un distrito necesita tener creencias y he trabajado todo lo que he podido para que las tuviese.

P. JUAN El señor diputado provincial hace mucho. Desde que es poder ha aumentado la religiosidad...

D. AND. Regular. Este es un distrito industrial. Y como donde hay industria, hay fábricas y donde hay fábricas hay exaltación, he procurado hacer devotos por política. El que

tiene temor de Dios, tiene temor del amo, y el que tiene temor del amo, es más fácil de dirigir y más fácil de avenirse á la razón... que conviene al amo.

OBISPO Señor diputado, esa es política egoísta.

D. AND. Política realista, señor Obispo. La religión es un factor moral que utilizamos los políticos.

SEC. Sí, pero no lo manejan ustedes con tacto.

D. AND. Porque no sabemos más; la intención es buena, créanmelo ustedes. Si la religión me diese el diez por ciento, y perdonen la frase, no haría más de lo que hago ahora por propagar las buenas creencias. Aunque progresista con miras al republicanismo, creo en el temor de Dios y en el ejemplo.

OBISPO Don Andrés, lo que hace falta es caridad.

D. AND. No digo lo contrario.

RAM Hay muy poca, señor Obispo.

OBISPO Mal hacen en regatearla. La caridad es una de las virtudes que más estima Dios; la virtud cristiana por excelencia; la que ha llevado más santos á la gloria, la que en todo momento recomienda y bendice la Iglesia. Con la palabra, con el ejemplo, debemos practicarla y seguirla. Usted, señor diputado, con la influencia que le presta su cargo; usted, poeta, con el auxilio de la poesía, que poesía es caridad; y usted, señor rector, en el púlpito, en el confesonario, junto al lecho de los enfermos, allí donde haya tristezas, y más aun, allí donde encuentre alegrías.

P. JUAN Yo, señor Obispo, tengo poca elocuencia para convencer.

SEC. Si se valiese de la astucia, tal vez sacara más partido.

OBISPO Si se vale de la sencillez y de la verdad, vencerá siempre. Las palabras no han de salir bien dichas, han de salir de bien adentro.

P. JUAN Ya sabe Su ilustrísima que yo puedo muy poco .. y ellos...

OBISPO Ellos... no hacen más que cumplir. ¿Verdad, señor rector?

P. JUAN Su ilustrísima toca en lo vivo.

OBISPO — Desgraciadamente lo toco... como dice usted. Conozco á los hombres y podría citar á ustedes muchos ejemplos de... cumplimiento. No quiero sermonear más: bajemos á la iglesia, que necesitamos continuar pronto el viaje.

P. JUAN — Si el señor Obispo me permite una digresión, le diré, con licencia suya, que podía esperarse un momento.. porque... hemos hecho chocolate.

D. AND. — Admirablemente. A eso no hay quien se niegue.

JORGE — Es la ofrenda del patriarca.

OBISPO — Yo no tomaré chocolate, pero tomaré un vaso de agua, sin perjuicio de que tomen ustedes lo que gusten.

P. JUAN — Siento que su ilustrísima... (Entra Francisca con la chocolatera.) Mire, aquí lo tenemos. ¡Aunque sea una sopa!

FRAN. — Estoy avergonzada; ustedes me dispensarán; con estos ajetreos me ha salido demasiado espeso; yo hubiera querido...

P. JUAN — Deja la chocolatera y vete.

FRAN. — (Sirviendo el chocolate.) Señor Obispo, para usted.

OBISPO — Gracias, no tomo chocolate.

FRAN. — Yo creía que los Obispos lo tomaban á todas horas.

P. JUAN — Calla. (Francisca sirve el chocolate á don Andrés, Jorge del Pozo y el Secretario, que están sentados á la mesa con el Obispo.)

FRAN. — No quiero; la verdad ha de decirse siempre.

OBISPO — Siempre; la mentira corrompe las almas. Y para que vea que la deseo complacer, tomaré una sopa .. aunque el chocolate esté espeso.

TODOS — Bien, bien.

D. AND. — Es riquísimo; nunca lo he tomado mejor, y eso que cuando va uno á hacer elecciones tiene que tomarlo muchas veces por fuerza.

JORGE — Y tiene que pagar muchas copas, ¿verdad?

D. AND — Más que se beben.

JORGE — ¿De modo que no sale gratis hacer felices á los súbditos?

D. AND. ¿Piensa que tenemos tanta suerte como ustedes los poetas, que con soltar cuatro canciones dejan contento á todo el mundo? ¡Ya pueden irle con canciones á un elector! ¡Usted los cantaría y ellos presentarían recibos!

OBISPO ¡Siempre el interés, el maldito interés!

D. AND. Señor Obispo, así es la vida. Por progresivo que se sea, todo se hace en este mundo por los cuartos.

OBISPO Afortunadamente no tiene usted razón del todo, aunque por desgracia se acerca á la verdad.

SEC. ¡Tanto como se acerca!

D. AND. El señor Secretario es hombre de talento.

OBISPO Callen, mundanos empedernidos. Aun no es materia todo; todavía alienta el espíritu dentro de nosotros. Podéis aprisionarlo, no importa; un día ú otro vivirá libremente.

RAM. Claro que vivirá. (Entra Marta con una bandeja llena de vasos de agua.)

MARTA Si quieren agua fresca, aquí tienen.

OBISPO Gracias, hija mía.

MARTA Yo misma la traigo de la fuente.

JORGE Traída por usted sabrá mejor.

OBISPO Señor rector, ¿es parienta suya esta joven?

MARTA Sobrina, para servir á usted.

OBISPO Es muy simpática.

FRAN. Y sabe mucho, señor Obispo.

MARTA ¡Tía, por Dios!

FRAN ¡Ay, ay! quiero decirlo. Sí, señores, sabe más de letra que todos nosotros.

OBISPO ¡Muy bien, muy bien! ¿Y qué libros has leído, hija mía?

MARTA ¡Si no leo nada!

FRAN. No lo crea. Ahora mismo lee un libro que no le podemos sacar de entre las manos.

OBISPO ¿Qué libre es?

MARTA Las obras de Santa Teresa.

OBISPO Buen libro.

D. AND ¡Digo si sabe la muchacha! Yo no he leído ese libro y soy diputado.

FRAN. A usted no le hace falta leer.

P. JUAN ¡Cállate, Francisca!

OBISPO Veamos, veamos: ¿Por qué te gusta á tí ese libro?

MARTA ¡Ay, pobre de mí! no voy á poder explicarme: Porque dice cosas que una siente y querría decir y no debe decir. Porque se ve que era una santa que quería con toda su alma.

OBISPO No es por eso por lo que debía gustarte. Y, oye, hija mía. ¿Quién te da á tí á leer esos libros?

FRAN. Ya se lo diré yo: Mi hijo, que estudia para cura, y tiene en su cuarto todos los libros de este mundo.

OBISPO (A Ramón.) Muy bien, joven. ¿Conque eres estudiante?

RAM. Sí, señor.

OBISPO ¿Y estudias mucho?

RAM. Regular.

FRAN. Demasiado.

P. JUAN Se distrae algo haciendo versos.

FRAN. Es el único vicio que tiene.

OBISPO ¿Conque eres poeta?

RAM. Hago versos.

OBISPO ¿Y no podríamos oir alguno?

RAM. Son muy malos, señor Obispo.

OBISPO ¡Bah! La juventud siempre hace buenos versos. A ver, recita unos. No tengas vergüenza. Aquí todos apreciamos la poesía.

RAM. Si ustedes quieren...

OBISPO Sí.

RAM. (Luego de una pausa breve)

Si es la vida un destierro,
me complace, Señor, ser desterrado,
y si es prisión con cárceles de hierro,
quiero vivir mi vida encadenado.
Quiero sufrir la muerte de esta vida;
quiero no ser, mientras en ella sea.
A placer y ambición, mi alma dormida
solo vivir la soledad desea.
Cuanto en vida mi cuerpo más rebaje
más alto en mi morir tenderé el vuelo;
cuanto con más miserias me amortaje,
más glorias y más luz veré en al cielo.
Valedme, Jesús mío, en la pelea

que he de librar para acercarme á vos;
mi alma luchar y combatir desea,
porque al fin de la lucha está su Dios.
La propia muerte me será querida.
No muerte, la diré felicidad,
si al cerrarse mis ojos á la vida
se abren para la eterna claridad.

OBISPO Muy bien, muy bien. Esa poesía encierra una santa y noble aspiración. Es de un alma joven con alas.

JORGE ¡Magnífica! En clase de modesto cultivador de las letras, felicito á usted; podemos decir que tenemos un poeta más.

D. AND. Y yo me alegro mucho de que ese poeta esté empadronado en mi distrito.

OBISPO Ahora, joven estudiante, es preciso que no se borren tan nobles anhelos. Vigila las tentaciones de la vanidad, que es mala amiga de los poetas y enemiga acérrima de los corazones cristianos.

RAM. Aspiro á mucho, señor Obispo, pero no á los goces y vanidades de este mundo.

OBISPO Bien dicho.

RAM. Aspiro a salvar cuantas almas me sea posible, haciendo versos ó no haciéndolos.

OBISPO Ya que vas á entrar en el sacerdocio y sientes ambiciones tan nobles, tú, que eres montañés y tienes delante de los ojos este panorama que trae á la memoria el de Galilea, acuérdate del sermón sublime de la montaña predicado por Cristo: Bienaventurados los que lloran. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia. Bienaventurados los misericordiosos y los limpios de corazón, los que padecen persecución por la justicia. Recuerda esto poniendo en el recuerdo el amor entero de tu alma; suceda lo que suceda, pase lo que pase, tratandose de hacer bien, no te doblegues á ninguno, entiéndolo bien, á ninguno. Jesús también dijo: Bienaventurados seréis vosotros cuando por amor mío os maldigan.

RAM. Así lo haré.

OBISPO Ama á los pobres; vé siempre allí donde

haya lágrimas; vé tras ellas para enjugarlas como los torrentes van al mar; ama á los tristes, consuélalos, compadécelos, ayúdalos. Abre á cualquiera que llame á tu puerta; da á quien te pida, y cuando hagas alguna caridad con tu mano derecha, que tu mano izquierda lo ignore. ¿Lo tendrás presente?

RAM. (Con exaltación.) ¡Sí lo tendré presente!

OBISPO Y perdona siempre, siempre, pero siempre; que perdonar á los enemigos y tener compasión de los caídos y recoger á los desamparados, es seguir el ejemplo de Cristo que llevó su bondad infinita hasta perdonar á la adúltera. Sobre todo ama, hijo mío; conduélete de los desgraciados de espíritu, sufre y ruega por todos lo que no saben por dónde caminan. Nada enaltece tanto al hombre como el amor á la pobre humanidad miserable.

RAM. Estoy sediento de practicar esa doctrina.

OBISPO De tí depende.

RAM. La practicaré. Desde este rincón de la montaña rogaré á Dios con toda mi alma.

OBISPO No basta rogar. El rogar es para los viejos. Los jóvenes deben luchar con la palabra y con el ejemplo. Cristo fué á la montaña en busca de apóstoles, pero los condujo á Jerusalén. No es en las soledades del campo donde más se necesitan los ejemplos; en ellos se ve más clara que en parte alguna la presencia de Dios. Es en las ciudades, en las villas, en los hormigueros humanos, donde arraigan las miserias y crecen y se desarrollan; allí los vicios se extienden como la mancha de aceite sobre el mar. Allí debes ir. Vé, ya que tienes fiebre de virtud en la sangre y alteza en el espíritu; vé allí, practica y acuérdate de este pastor que aquí, rodeado de hombres de bien, te ha sermoneado unas miajas.

RAM. ¡Gracias, muchas gracias, señor Obispo!

FRAN. ¡Que te acuerdes bien!

D. JUAN Sobre todo, que lo aproveche.

OBISPO Y ahora, me parece que es tiempo de visitar la iglesia y de saludar á la Virgen.

P. JUAN Cuando quiera, señor Obispo.

OBISPO A la Iglesia, andando. (Dirigiéndose seguido de los otros hacia la galería.)

SEC. (Al Padre Juan.) Vigile usted al estudiante.

P. JUAN No lo necesita.

SEC. ¡Quién sabe!...

P. JUAN ¿Por qué me dice eso?

SEC. Porque... Me parece que no será la última vez que nos encontremos él y yo, y, no sé, no sé, el camino que seguirá. (Todos se van por la puerta de la galería, menos Marta que queda apoyada en la barandilla y Ramón que permanece en éxtasis.)

ESCENA VIII

RAMÓN y MARTA

MARTA ¿No vas tú con ellos?

RAM. (Distraído, como hablando consigo mismo.) Tiene razón el señor Obispo, debo ir á la ciudad á ver, á convencer, á sufrir, á ofrecer ejemplos, á amar á los pobres, á dar la vida por los pobres.

MARTA ¿Tendrás el mal corazón de dejarme?

RAM. ¡Lo dejaré todo! ¡Lo daré todo! ¡Viviré para todos, menos para mí! (Se oye un gran repique de campanas.) ¿Oyes cómo tocan á gloria?

MARTA Iré contigo.

RAM. ¡Nunca...! Serías la tentación persiguiéndome.

MARTA ¿Es decir, que ya no me quieres?

RAM. El amor de todos me llama.

MARTA También el amor me llama á mí. Podíamos ir juntos y quieres ir sólo. Vete. Yo también iré por mi cuenta. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena ocurre en una capital española de primer orden.—Decoración de sala blanca y sencilla, con cuadros devotos en las paredes; una puerta á la derecha, una á la izquierda y otra al fondo. A la derecha una mesa de escribir, con muchos papeles y una escultura de Cristo. En el fondo, á la derecha, una librería. Sobre los muebles y sillas, papeles y libros.

ESCENA PRIMERA

EL PADRE RAMÓN, MIGUEL, POBRES 1.° y 2.° y dos POBRES más.—Al levantarse el telón el Padre Ramón estará escribiendo delante de la mesa mientras Miguel y los Pobres entran por el fondo

P. RAM. Entren y siéntense. (Lo hacen todos menos Miguel.) En seguida acabo. Tengan un poco de paciencia que trabajo para ellos. ¿Qué hay de nuevo, hermanos?

POB. 1.° Lo de siempre, padre Ramón, miseria.

P. RAM. ¡Animo! Vendrán días mejores.

POB. 1.° Sí que vendrán... pero no vienen. En verano, vive el pobre y el gusano. Quiero decir, con perdón de usted, que en verano uno se las arregla, y si no puede dormir debajo de unas tejas duerme bajo un árbol y tira. A mi parecer el verano lo hizo alguien apropósito para los pobres.

P. RAM. Lo hizo Dios.

POB. 1.° Pues una vez puesto á la faena podía haber

hecho el invierno también. ¿No es verdad, Jeromo? (Al Pobre 2.º)

P. RAM. ¿Y aquel asilo donde os recomendé?

POB. 1.º Dicen que todavía no soy bastante viejo y espero á serlo más. Es una pena no ser bastante viejo, ni bastante joven; ¿que quiero hacer de joven? Me sobran alifafes y canas. ¿Que quiero hacer de viejo? Me faltan arrugas y fuerzas.

POB. 2.º A mí me sucede lo propio. En el hospital no me admiten porque no me ahogo lo suficiente.

POB. 1.º Habrá otros que se ahoguen más que tú.

POB. 2.º Puede ser que sí; el caso es que allí me tienen algún tiempo ¡hala, que hala! y en cuanto empiezo á respirar con menos fatiga, me abren la puerta y me dicen: «¡Alza, compañero, á respirar fuera que hay mejor aire!...» Créamelo usted, padre Ramón, para respirar á empujones, que si respiro, que si no respiro, valdría más que me ahogase del todo.

P. RAM. No diga eso, que ofende á Dios nuestro Señor.

POB. 2.º No hablo por ofender.

P. RAM. Piensen que la tierra es un valle de lágrimas y que nuestro llanto riega el jardín que tendremos en el Paraíso.

POB. 1.º Lo creemos porque usted lo dice.

P. RAM. Hoy no puedo daros dinero. No tengo. Pero os daré unos libros para que los vendáis.

POB. 1.º No nos dé usted libros.

P. RAM. ¿Por qué?

POB. 1.º Porque... Porque piensan que son robados y no los compran.

P. RAM. ¿Qué dice?

POB. 2.º Que no nos los compran.

P. RAM. ¡Siempre los malos pensamientos! Esperad. Os los dedicaré. De este modo puede que os los tomen. (Va dedicando libros y dándoselos á los pobres. Dirigiéndose á Miguel.) ¿Cómo se llama usted?

MIG. Miguel Martín. (El Padre Ramón hace como que dedica un libro y lo entrega á Miguel.) Tomo el li-

bro por la dedicatoria; yo no pido limosna; no imploro caridad.

P. RAM. Sólo caridad puedo ofrecerle.

MIG. No es eso.

P. RAM. Entonces, ¿qué quiere usted de mí?

POB. 1.º Se lo explicaré yo, padre Ramón, porque éste no sabría empezar. Aquí, el hombre está en circunstancias...

P. RAM Hago el bien sin mirar á quien lo hago.

POB. 1.º A éste nadie se lo hace. Como saben sus principios, vamos al decir, y el paso malo en que se metió... pues que le echan de todas partes; y como le he visto en ese apuro le he cogido y le he dicho: «Vamos á buscar al padre Ramón, que el padre Ramón no es como los otros.»

P. RAM. (A Miguel.) ¿De dónde viene usted?

MIG. De presidio.

P. RAM. ¡Dios mío!... ¿Y ha estado usted mucho tiempo?

MIG. Ocho años.

P. RAM. ¿Por una muerte?

MIG. Sí; por una muerte. Yo...

P. RAM. No me cuente usted nada; no quiero saber nada.

MIG. Déjeme usted que se lo explique. Se lo ruego, será un gran descanso para mí. Maté, no lo niego; maté; y maté á quien tenía más voluntad, á quien más amaba; porque amaba maté; sólo una pasión podía obligarme á matar. Yo no era malo; hoy mismo, después de lo que hice, tampoco creo que lo soy. Vivía con mi madrastra y con una prima carnal. Era ella. Tanto ella como yo habíamos padecido mucho, ¡miserias!... ¡hambre!... Habíamos pasado todo lo malo que se puede pasar; habíamos visto todo lo negro que puede verse. En fuerza de vivir juntos, nos amamos. Ella trabajaba, yo también; los ratos que el trabajo nos dejaba libres, yo leía en voz alta, para los dos; aquellos libros me decían que los pobres no tendríamos, no podríamos tener hambre y frío y miseria si en el mundo se practicase la fraternidad que

aquellos libros explicaban. Yo leía, comentando lo que leía; ella me escuchaba, y en los dos fué naciendo un deseo grande de consagrarnos al amor, una ansia infinita de amar, ¡de amar siempre!

P. RAM. Hermosa misión.

MIG. Muy hermosa, verdad. Sólo que ella y yo no la entendíamos de igual modo. Ella amaba al hombre; yo á la humanidad.

P. RAM. ¡Siempre lo mismo!

MIG. Yo partí, la dejé... ¿Por quién? Por ninguno y por todos. Quería reivindicaciones; quería justicia; quería renovar la sociedad por el amor, por un amor sin límites.

P. RAM. ¿Sin esperar en Dios?

MIG. Sin esperar en nadie.

P. RAM. ¡Jesús! ¡Desgraciado!

MIG. ¡Sí! Lo quería todo y no logré nada; y la perdí á ella, y perdiéndola, ¡lo perdí todo!

P. RAM. ¿Qué hizo ella?

MIG. ¡Qué hizo!... Lo que hacen todas las que necesitan del amor y no comprenden las sublimidades del amor. Amar á otro. Fué de un rico, de un poderoso, de uno de esos que compran la carne de esclava; de uno de esos que hallan calor para sus venas enfermizas en el fuego que encienden otros.

P. RAM. ¿Y lo mató usted?

MIG. No pude; la desgracia desvió el arma y murió quien yo no quería que muriese.

P. RAM. La venganza es impropia de los corazones generosos. Dios es la suprema justicia. La fe en su justicia debe impedir que nos la tomemos por nuestra mano pecadora. ¿Qué os quedaría á vosotros si no os quedara el gran tesoro de la fe? ¿Creéis que os han enviado á sufrir para abandonaros? Dios siembra en la tierra; cuando haga su cosecha escogerá el trigo, la cebada y la hierba... ¡todo! y todo se convertirá en flores en el huerto de su inagotable misericordia. (A Miguel.) Oigame, hermano, le compadezco por pecador y por sus desdichas, que me recuerdan cosas de otros tiempos. ¿Qué quiere usted de mí?

MIG. Quiero trabajar honradamente, nada más que eso, trabajar. Encontrar donde me acepten, donde no me pongan en la puerta con esta ó la otra excusa; ponerme en condiciones de no tener que hacer otra muerte para morir ó para poder seguir viviendo.

P. RAM. No se desespere usted; yo le hallaré acomodo. De aquí á poco rato hablaré con gente poderosa. Pediré á esa gente por usted, y lo pediré de tal forma que tendrá que ayudarle.

MIG. No lo harán.

P. RAM. En el mundo hay personas buenas.

MIG. Usted no los conoce. Muchos son buenos porque pueden pasarse sin ser malos.

P. RAM. Prometo colocar á usted. Vuelva después de la reunión, de aquí á una hora... Volved todos, hermanos míos, volved, que mientras tenga yo un pedazo de pan será vuestro.

POB. 1.º Dios se lo pague, padre Ramón. (Los pobres besan la mano al Padre Ramón. Miguel se la estrecha con respeto.)

P. RAM. Dios no necesita pagármelo. Bastante pagado me encuentro con el placer que consolaros me produce. (Miguel y los pobres salen. Francisca, que ha entrado por la puerta de la izquierda momentos antes, oye las últimas palabras del padre Ramón.)

ESCENA II

PADRE RAMÓN y FRANCISCA

FRAN. ¡El señor nos tenga de su mano!... ¿Todavía más pobres? ¡Esta casa parece un hospital!

P. RAM. Los pobres no se acaban nunca.

FRAN. Pues por eso mismo. Si tú no has de acabar con ellos, ¿á qué este vivir y este ajetreo y este socorrerlos sin poder? Te entrampas por ellos y después no puedes pagar.

P. RAM. No pago porque no tengo.

FRAN. No les compres ropa.

P. RAM. ¡Se morirían de frío, madre! La tienda tiene espera. La muerte no.

FRAN. Acabarás por volverme loca. ¿No ves que todos son unos vagos que quieren vivir á tus costillas? ¡Lo que más me desespera es que lo consiguen; y mientras tú los vistes á ellos, llevas la sotana hecha una lástima, con tantos zurzidos y remiendos, que ahora mismo no podría decirse qué hay más, si sotana ó pedazos!

P. RAM. Déjeme hacer, madre.

FRAN. ¡Qué remedio me queda! Pero todo lo haces malamente. Ni comes ni disfrutas hora de paz, ni tienes orden; y un cura sin orden no es un buen cura; es un cura... sin ordenar.

P. RAM. Madre, si no hago más por usted, es porque no puedo.

FRAN. Lo haces todo menos una cosa: creerme. Cuando vinimos á la ciudad pensé yo: Todos dicen que Ramón es un sabio. Pues teniendo tanto saber le darán una prebenda y viviremos bien relacionados y con mucha alegría. ¡Sí! ¡Sí! ¡Buena prebenda nos dé Dios! Gente viene mucha... ¡Demasiada! Pero qué gente; los unos hacen eso de los versos, y los otros piden limosna. Una y otra casta estorba mucho en las casas decentes.

P. RAM. ¡No tiene usted enmienda! ¡Siempre refunfuñando!...

FRAN. ¡Sólo faltaba que me quitaras el refunfuñar! ¿Qué iba á quedarme entonces?

P. RAM. Le quedaría mi cariño; ¿no es bastante, madre?

FRAN. ¡Bien lo necesito, hijo mío!... Entre verme lejos de la montaña donde he vivido desde chiquitita; entre estos excesos de religión que tienes tú, y entre el paso de aquella... Marta.

P. RAM. No me hable de Marta.

FRAN. Es que no puedo acostumbrarme. ¡Escaparse de casa de su tío! ¡Tener un hijo de soltera!... ¡Qué escándalo! ¡Un hijo! Y ¿con quién? Puede que con un salta charcos, con

un perdido, con un... sea quien sea. ¡Vaya, que eso no es perdonable!

P. RAM. Todo es perdonable. Le pido á usted, le ruego que no me hable más de este asunto. ¡Quién sabe si quien tiene más obligación de perdonarla soy yo!

FRAN. Porque eres sacerdote. El vestido obliga.

P. RAM. Porque... no quiera usted saberlo. Una cosa le pido; se la pido con toda mi alma, que no me hable de ella; pero que procure por ella, que cuide de ella como de una hija, que trate de encaminar sus pasos, que la guíe, que la ame, aunque ella sea... como sea; que haga usted por ella lo que yo no puedo hacer por ella: Velarla, socorrerla, no despreciarla; mirarla con el amor con que la hubiese mirado... el hombre... que la hubiera podido amar. (Llora.)

FRAN. ¿Qué tienes? ¿Por qué te sofocas? Si ha sido una mala cabeza, que se aguante. ¿A qué has de ocuparte de ella tú? Para eso está su hombre.

P. RAM. ¡Su hombre!

FRAN. ¡Que se arregle con él.

P. RAM. No, madre.

FRAN. ¿No se ha salido con la suya? Pues, ahora, que haga lo que quiera. Para ella hace.

P. RAM. ¡Madre, si no es eso!

FRAN. ¡Y qué vamos á hacer!

P. RAM. Lo ignoro, ¡lo ignoro!... Todas las noches, á todas horas, en todas mis oraciones, pregunto yo, ¿qué he de hacer? ¿qué puedo hacer? ¿qué debo hacer? Y... ¡ay!... Dios no me ilumina. No debe quererme iluminar.

FRAN. ¿Y por eso te preocupas?

P. RAM. Temo que mis oraciones no sean escuchadas. Dios nos pide pruebas de nuestro amor por él cuando debe pedirlas. Cuanto más grandes y más hondas las pide, mayor es su bondad para con nosotros. Pero el hombre ha de saber darlas y sufrirlas; yo tengo miedo de no poder sufrirlas; de llegar á la hora de la muerte con el alma enferma.

FRAN. Claro que llegarás; si te emperras y te pre-

ocupas con las que hacen los otros. ¡Que no quieras ver nunca las cosas como son!

P. RAM. Como son las veo, nunca como yo querría que fuesen. (Aparece el Padre Juan en el fondo.)

ESCENA III

PADRE RAMÓN, FRANCISCA, PADRE JUAN por el fondo

P. JUAN ¿Hay licencia?

P. RAM. ¿Qué? ¿Usted? ¿Pero es usted, tío?

P. JUAN En persona.

FRAN. ¡Qué alegría! ¿De dónde sales?

P. JUAN De donde siempre, de nuestra montaña.

FRAN. ¿Qué noticias traes? ¿Qué tal por allí? ¿Estás bueno? ¿Y el campanero? ¿Y su mujer?

P. JUAN ¡Alto! .. ¡Déjame respirar! Traigo buenas noticias y traigo. . traigo otras que no son tan buenas.

FRAN. No me asustes.

P. RAM. ¿Qué pasa?

P. JUAN Si no tenéis un poco de sosiego no podré decir nada. Dejadme ir con orden.

FRAN. Dí primero las malas noticias.

P. JUAN Ya me esperaba yo eso. ¡Que siempre haya más prisa para saber las noticias malas que las buenas! Quería prepararos y no me dais tiempo. Pues hay que ha ocurrido lo que tenía que ocurrir; que quien no sigue el buen camino y hace las cosas á torcidas, sin la intervención de la iglesia, termina como es natural que termine... Hay que Marta...

P. RAM. ¿Ha dicho usted Marta? ¿Qué le sucede?

P. JUAN Que Marta y su hombre... Su hombre la ha abandonado. Ahí tienes lo que hay.

P. RAM. ¡Infame! (Con ira. Reprimiéndose.) ¡El Señor me perdone!

FRAN. ¡Qué afrenta!

P. JUAN Dilo.

P. RAM. ¿Y ella?

P. JUAN ¡Ella! Ya te lo puedes figurar. Ha enviado á buscarme... La he visto... Hubiera querido encontrarla más resignada.

FRAN. ¡La poca vergüenza!

P. JUAN ¡No hables así! Te daría mucha lástima si la vieses. Está que parece otra, ella que era tan alegre, ella que embobaba á todo el mundo con su conversación: ¡hasta al maestro de escuela! ¡ella á quien todos querían por lo graciosa y por lo franca!... ¡Si la vieseis! Está flaca, atontada, con las lágrimas cayéndole por la cara abajo... Os aseguro que parece una Magdalena.

P. RAM. ¿Qué le ha dicho á usted?

P. JUAN Me ha contado las cosas á su modo. Me ha dicho que no es tan culpable como creen algunos.. ¡y vengan lágrimas! Eso es todo.

FRAN. No hubiera querido verla llorar porque las lágrimas me dan mucha lástima.

P. JUAN A mi también me ha dado mucha lástima. ¡Mucha! Créeme; no sirvo yo para estos pasos; no he servido nunca. Ahora que soy viejo menos todavía. Se me han humedecido los ojos, y cuando lloro no soy nadie. Tanta compasión me ha inspirado, que á no ser por el qué dirán y más en la montaña donde se habría movido un rum-rum que hubiese llegado hasta el obispo, me la llevo á la rectoría á ella y á su criatura infeliz.

P. RAM. ¿Por qué no lo ha hecho usted?

FRAN. ¡Eso hubiera faltado!

P. JUAN Pues no faltó mucho. No lo he hecho por las razones que te dije y porque ella no querría venir tampoco.

P. RAM. ¿Qué va á hacer entonces? ¿Qué quiere?

P. JUAN ¿Aun no te he dicho lo que quiere? Quiere... pues.. quiere verte. Ya lo sabes.

P. RAM. ¿A mí?

P. JUAN A tí. Quiere verte para que la aconsejes; jura y perjura que tú sólo puedes librarla de rematar su perdición.

P. RAM. Eso no puede ser.

FRAN. Claro está que no. También éste debe temer el qué dirán.

P. RAM. ¿Yo? Nunca. Cumpliendo con Dios no tengo que temer á nadie.

P. JUAN En tal caso, ¿á qué tus miramientos?

P. RAM. ¿A qué!... Que no venga. No... No sabría cómo tratarla; me faltarían palabras de consuelo; le diría lo que yo no quiero decir... No me pregunten. Se trata de un caso de conciencia.

P. JUAN Abandonarla es también caso de conciencia.

P. RAM. Tiene usted razón. ¡Demasiada razón!

P. JUAN Tú que llevas el perdón en el alma, ¿no perdonas á Marta?

P. RAM Perdonarla, sí. De todo corazón.

P. JUAN La has visto pequeña; habéis jugado juntos; la enseñaste á leer; le has recitado tus poesías; la has llevado de la mano, como quien dice, por el mundo... ¿La abandonarás en este momento?

P. RAM. Aunque la quisiera amparar no podría.

P. JUAN Te pide un buen consejo; no puedes negárselo.

P. RAM. No. ¿Verla? Nunca.

P. JUAN Acaso que te pida confesión.

P. RAM. ¡Dios mío!

P JUAN Vamos, reflexiona. ¿Qué le digo? ¿Que venga?

P. RAM. Sí, que venga... que venga á verme uno de estos días.

P. JUAN Cuanto antes mejor, los buenos consejos no deben hacerse esperar.

P. RAM. Puede usted traerla cuando guste.

P. JUAN ¡Quién sabe si no está muy lejos de aquí!

P. RAM. ¿Dónde está? (Con temor y angustia.)

P. JUAN Ya no es preciso que lo oculte. Está ahí afuera.

P. RAM. ¡Aquí!

P. JUAN La he hecho venir conmigo contando con que tú no te negarías; pero antes he querido solicitar tu consentimiento.

P. RAM. ¡Está aquí!

P. JUAN ¿Qué? ¿La hago entrar?

P. RAM. (Mirando al Santo Cristo, suplicante. Como tomando una gran determinación.) Sí.

P. JUAN (Dirigiéndose á la puerta.) ¡Marta!... ¡Marta!... ¡Puedes entrar! (A gritos y con alegría.) Francisca, vámonos.

FRAN. Mejor es. ¡Si me quedo!...

P. JUAN Vamos. (Salen Padre Juan y Francisca por la izquierda.)

P. RAM. ¡Señor, no me abandones!

ESCENA IV

EL PADRE RAMÓN, MARTA. Marta se detiene en la puerta

P. RAM. Entra. (Marta lo hace y se arrodilla á los pies de Ramón.)

MARTA ¡Ramón!

P. RAM. Levántate. ¿Qué quieres de mí?

MARTA ¡Perdón!

P. RAM. No me toca á mí perdornar.

MARTA ¡No soy culpable, Ramón!... ¡No soy tan culpable como puedes creer!

P. RAM. No te culpo, te compadezco.

MARTA Dime que perdonas. ¡Por caridad, dilo!

P. RAM. La misión mía es perdonar. (Obligándola á levantarse.) ¡Puedo no perdonarte á tí!... ¿A tí que vienes, no como mujer caída, como criatura esperanzada?

MARTA Necesito explicártelo todo, Ramón. Necesito explicártelo todo. ¡Lo necesito!

P. RAM. Estoy pronto á oirte. Habla. (Ofrece á Marta una silla que pone lejos del sillón donde él toma asiento. Marta acerca la silla á Ramón y se sienta. Ramón retrocede cuanto se lo permite la anchura del sillón en que está sentado.)

MARTA Huí de la montaña porque me moría. Me lo puedes creer. El corazón se me escapaba y no podía sujetarlo. Huí porque no encontraba á quien amar; á quien entregar el mundo de cariño que llevaba dentro de mí, destrozándome el corazón, matándome. Sí, Ramón; matándome. Huí... No sé porque huí... Porque estaba sola... porque no estabas tú.

P. RAM. Recuerda, Marta, de que este Ramón con quien hablas ahora, no es el Ramón de antes. Aquel Ramón ha muerto. Hablas á un sacerdote.

MARTA De sobra lo sé. Cuando abandoné la montaña, vine á la ciudad y busqué la casa

del sacerdote. Fuí á llamar á tu puerta y el aldabón me dejó las manos escarchadas; un frío de hielo venía del interior de la vivienda y me alejé corriendo, avergonzada, como si hubiese cometido una cobardía.

P. RAM. ¿Dónde fuiste?

MARTA Lo ignoro. Corría sin descanso. Iba atontada, como los pájaros cuando salen del nido por primera vez; perdida y á perderme. Estuve en una escuela de auxiliar; serví; caminé de casa en casa y de tienda en tienda, buscando mi desdicha. Al fin me detuve.

P. RAM. ¿Quién fué... él?

MARTA Uno. El que me dijo lo que yo quería que me dijesen.

P. RAM. ¡Pobre Marta! El era...

MARTA Uno; ¿no oyes que uno? Porque has de saber, que él no era nadie para mí; que han llegado momentos durante los cuales he creído que no era él quien me hablaba, que estaba sola escuchando una voz que sonaba lejos, muy lejos; él no fué más que algo que se puso delante de mí, con los brazos abiertos. Yo caí, caí, ¡te lo juro! sin saber en los brazos de quién caía.

P. RAM. Tu alma ha estado en peligro de muerte.

MARTA Lo sé, pero yo he nacido para amar. Hasta cuando no amo á ninguno, amo.

P. RAM. Tu corazón pervertido te engaña.

MARTA No está mi corazón tan pervertido como supones. Mi corazón busca y no encuentra y quiere aturdirse.

P. RAM. ¿Qué puedo hacer por tí?

MARTA Salvarme ó perderme, Ramón. Vengo á pedirte que me salves. Te lo pido por mi hijo, por tu inagotable bondad, por el recuerdo que conserves de aquellos días.

P. RAM. Aquellos días se han borrado de mi memoria.

MARTA Te engañas, quieres engañarte á tí mismo Para borrarse eran demasiado claros y demasiado hermosos.

P. RAM. Haz cuenta de que no han existido. (Hace ademán de irse.)

MARTA ¡No, no te vayas por el amor de Dios, no me dejes! ¡No te hablaré más de ello! ¡Te lo juro! ¡Pero óyeme! ¡Ampárame! ¡Por mi salvación! ¡Por la tuya! ¡Por la de mi hijo!

P. RAM. ¿Qué he de hacer? (Deteniéndose y procurando dominar su emoción.)

MARTA No dejarme.

P. RAM. No te dejaré.

MARTA Dejarme... que me quede aquí.

P. RAM. ¿Aquí dices!... Nunca.

MARTA Si tienes miedo de la gente viviré oculta, como si no existiera; viviré en el rincón más negro de la casa; no saldré, nadie me verá.

P. RAM. Dios lo ve todo.

MARTA Es que Dios podrá verlo. A tu lado seré una hermana de la caridad, tendré compasión por los caídos, velaré por los huérfanos, seré una esclava, una arrepentida.

P. RAM. No me ruegues. ¡Ten piedad de mí!

MARTA Tenla de mi tú.

P. RAM. La tengo para salvarte y te salvaré; pero no en esta casa.

MARTA Fuera no podrás conseguirlo; no sé volar. El viento se me lleva y me pierdo.

P. RAM. Yo te guiaré.

MARTA ¿Dónde me guiarás? ¿Dónde quieres que vaya?

P. RAM. Déjalo de mi cuenta. Encontraré para tí una casa honrada. Te la encontraré aunque necesite pedirlo de rodillas. Allí podrás vivir cristianamente y criar á tu hijo. Yo le enseñaré á leer cuando sea mayor, como te enseñé á tí. Iré á verte, siempre que se trate de tu hijo. ¿Vivir tú en mi casa?.. No me lo pretendas. Ni lo puedo ni lo quiero hacer. Aunque quisiese, no lo haria.

MARTA Sólo eso me aconsejas.

P. RAM. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué más puedo aconsejarte?... Puedo decirte que únicamente en la religión encontrarás dicha y esperanza Pero tú no me creerás.

MARTA No.

P. RAM. Puedo decirte que ese amor, ese fuego que sientes arder dentro de tí, no es más que

ceniza; que sólo el fuego divino se hace llama, pero no me creerás tampoco.

MARTA Hoy no.

P. RAM. Puedo decirte que cuesta mucho apartar los ojos de la tierra para levantarlos al cielo, pero que una vez los ojos hechos á mirar al cielo, no vuelven á ponerse en la tierra.

MARTA No sé mirar tan alto.

P. RAM. Puedes aprender. Yo he aprendido.

MARTA Eres hielo, Ramón. Se desprende de tus palabras un frío que me escarcha las manos; parece el mismo que sentí cuando escapé de la montaña y vine á llamar á tu puerta.

P. RAM. El deber siempre es frío.

MARTA Me tienes por mala, ¿verdad?

P. RAM. Te tengo por extraviada. Si la pasión que sientes por el mundo se la consagrases al amor del espíritu, serías algo mejor que una mujer. Serías una santa.

MARTA Tú me lo hubieras hecho ser.

P. RAM. Caminas por el fango. Cuida de que el fango no te agarre los pies.

MARTA Tú me sacarías.

P. RAM. Te negarías á escucharme.

MARTA Si me hablases como ahora, te escucharía inútilmente. Me hablas de tan alto que no te oigo ó no te comprendo. Me hablas como si fueses una memoria muerta que habla; como si me hablases desde la tumba. (Llora.) Yo necesitaba otros consuelos. Hubiera deseado encontrarte más mío, más como antes; oir la voz de tu juventud; aquella voz que era mi alegría. Buscaba la mano del amigo, no la palabra del confesor. Me creía abandonada, pero no tanto.

P. RAM. (Se dirige hacia Marta con un movimiento apasionado que en seguida reprime.) Vamos, vamos, tranquilízate. Y ahora... vete. Te lo suplico.

MARTA ¿Me echas?

P. RAM. No te echo, pero déjame. Yo buscaré sitio donde te protejan y te quieran, donde te puedan estimar; lo encontraré y pronto... Ahora, te lo vuelvo á suplicar, déjame, necesito estar solo, reflexionar; necesito...

MARTA ¿Quieres que espere?

P. RAM. No... Si .. Espérame... pero déjame. (Ramón entra en el cuarto derecha como huyendo. Marta queda en escena llorando.)

ESCENA V

FRANCISCA, MARTA, JORGE DEL POZO y SARIOL. Francisca entra por el fondo guiando á Jorge y á Sariol. Marta al verlos se retira á la izquierda

JORGE ¡A ver! ¿Dónde se ha metido nuestro poeta?

FRAN. Si habla de Ramón no le ponga motes. El de sacerdote, ¿no es buen nombre?

JORGE No se enfade, Francisca.

FRAN. Si mi hijo no fuera más que sacerdote, marcharíamos bastante mejor. Tanto escribir vuelve á los hombres tontos. (A Marta.) Tú, ven. (Salen Francisca y Marta por el fondo.)

ESCENA VI

JORGE DEL POZO, SARIOL y PADRE JUAN

JORGE Hemos sido demasiado puntuales.

P. JUAN (Que sale de la izquierda.) ¿Quieren ustedes que le avise?

JORGE No le moleste. Esperaremos que vengan las señoras.

P. JUAN Como gusten. En su casa están. (Sale Padre Juan por el fondo.)

SARIOL (Mirando la habitación.) ¡La casa del genio!

JORGE Sí. ¡La casa del genio imprudente!

SARIOL ¡No vaya á oirle á usted!

JORGE Descuide. Estos hombres que viven por dentro á nadie oyen. Como decía á usted, yo, ante todo, soy poeta católico y no apruebo los versos que hace el padre Ramón.

SARIOL Ha nacido fuera de tiempo. Antiguamente hubieran dicho que era un santo; hoy decimos que es un neurasténico.

JORGE No exagere. (Entran por el fondo la Baronesa, la Presidenta y don Andrés.)

ESCENA VII

DICHOS, la BARONESA, la PRESIDENTA y DON ANDRÉS. Al final RAMÓN

D. AND. (Mirando su reloj.) La hora en punto.

BAR. (A Jorge y Sariol.) Felices, señores.

PRES. ¿Y el padre Ramón?

JORGE Ahora le llamaremos. Precisamente estábamos hablando de él.

BAR. ¿Y no murmuraban?

SARIOL Al contrario. El señor le ponía en las nubes. (Entra por la derecha el Padre Ramón.)

P. RAM. ¿Estaban ustedes aquí? ¿Por qué no me han avisado al momento?...

ESCENA VIII

LOS MISMOS y el PADRE RAMÓN

D. AND. Llegamos ahora mismo. Presento á usted á las señoras de quien le había hablado. La Baronesa de Pozoviejo; la señora Presidenta de la Junta de Damas...

BAR. (Saludando.) Padre Ramón...

P. RAM. Bien venidas sean ustedes. Háganme el favor de sentarse. (Mientras lo hacen.) Como vamos á ocuparnos de obras de caridad las suplico que no se detengan en hablarme.

D. AND. Tiene razón el Padre. La caridad, cuanto más deprisa, mejor.

PRES. A usted le toca exponer nuestras pretensiones.

D. AND. Pues, con su licencia, diré el objeto que nos trae, y estas señoras le indicarán la manera de realizarlo. Se trata de una fiesta para los pobres. Una fiesta muy beneficiosa para ellos. La fiesta de la miseria protegida por la caridad. Hay mucha miseria en este mundo, padre Ramón.

P. RAM. Mucha.

D. AND. Más de lo que se cree. Las causas de tanta pobreza, débense ante todo á la falta de prácticas políticas y religiosas.

P. RAM. Se deben más que á eso, á que los ricos se cuidan poco de que no la haya. (Movimiento de contrariedad de las señoras.)

D. AND Desgraciadamente hay bastantes ricos así: pero hay otros que se desviven por los pobres, y, me permito ser indiscreto, para decir sin adulación que estas señoras y señores son de los últimos; no solo sienten las ajenas miserias, se preocupan de ellas, piensan en ellas las horas en que se lo permiten sus ocupaciones, y hacen verdaderos milagros para remediar á la gente necesitada.

P. RAM. No lo dudo.

D. AND. Prueba de ello es la fiesta que nos trae aquí Una fiesta que se celebrará con toda la esplendidez posible. Cuanto más fastuosa sea ella, mayores serán sus resultados. Cuanto más se diviertan los ricos, más... iba á decir más se divertirán los pobres; pero quiero decir que padecerán menos; cuanto más abundante es la comida de los ricos, más sobras pueden recoger los faltos de recursos. ¿No lo cree así, padre?

P. RAM. Me habla usted de cosas que no entiendo.

D. AND. Pues es fácil, las fiestas de caridad han de ser alegres, porque sino los hombres se aburren; en ellas se tiene que bailar, porque de lo contrario, no acuden las señoras; ha de hacerse música para endulzar el triste recuerdo de aquellos por quienes la fiesta se celebra. Al fin y á la postre, los que disfrutan de esa alegría no son los más afortunados, lo son los pobres que se quedan en casa esperando que les lleven la recaudación. ¿No está claro?

P. RAM. Todo eso es nuevo para mí. Ignoro qué beneficios puedo reportar á su empresa.

BAR. ¿Usted? ¡Importantísimos, padre Ramón! Le explicaré el programa y se convencerá. Primero: las invitaciones, que se harán es-

tilo Luis quince, las repartirán las señoras; lo mejorcito de la población: La Condesa de Riotuerto, la Guevara, la de Espinosa, la Baronesa de Tres Ríos, á quien usted conoce positivamente...

P. RAM. No, señora; no la conozco.

BAR. ¿No? Me extraña, porque la conoce todo el mundo.

P. RAM. Apenas si salgo de aquí.

PRES. No necesita usted salir para que todo el mundo le conozca y le admire.

BAR. Las invitacionos que no se hayan enviado directamente las repartirán las señoritas en la puerta. Estarán bien vestidas, llenas de flores, derramando alegría. La entrada será un verdadero jardín.

P. RAM. Acaso diga un disparate; pero... si á la puerta se colocaran pobres, ¿no darían más compasión y aumentarían la limosna?

BAR. ¿Qué dice usted, padre Ramón? ¡Parecería aquello una iglesia!

P. RAM. Lo digo porque la gente al verlos...

BAR. Verlos daría... asco. ¡Todo el mundo echaría á correr!

PRES. Sin embargo, puede complacerse al padre Ramón, colocando á la puerta algún pobre... decente.

BAR. Nada de pobres. La fiesta es para ellos; pero no hace falta que vayan. Dejemos la miseria aparte. Continúo mi descripción. Creo que el programa le gustará. Primero, sinfonía: esto es de *ene;* después el barón del Puerto recitará un monólogo... ¡Dice unos monólogos de soldados que son una delicia! En seguida baile, la primera parte del baile y refresco.

SARIOL ¿Quién paga el refresco?

BAR. Sale de las entradas. Habrá para todo. La segunda parte será exclusivamente lírica. Tenemos un tenor, un tenor joven, delicioso. Lástima que sea rico, porque haría con su garganta una fortuna. Cantará *Le spirito gentil.* ¿No ha oído usted *Le spirito gentil?* (Al padre Ramón.)

P. RAM. No he ido nunca al teatro.

BAR. ¡Qué lástima! Venga usted á la fiesta. Le esconderemos en un rincón y podrá oirlo. Luego hay tres tiples: ¡tres por falta de una! ¡Si hubiéramos querido tiples!... Hoy día todas las señoras son más ó menos tiples. Después baile.

SARIOL ¿Y refresco?

BAR. ¡Este Sariol! ¡Siempre está de broma! Se trata de un acto benéfico y es preciso ahorrar. Vamos á la tercera parte. Prepárese usted, padre Ramón.

P. RAM. Diga.

BAR. Se trata de usted. Usted llenará la tercera parte. Le pedimos, y dado el objeto á que se dedican, supongo que no se negará... ¡Eso es tan fácil para usted!... Usted lo hace jugando. Le pedimos que nos consagre unas poesías, y tenemos la pretensión de que sean inéditas.

P. RAM. ¡Pobre de mí! ¿No comprenden que mis poesías serían en su fiesta hierbas del campo en un invernadero?

BAR. El nombre de usted no puede faltar.

PRES. No puede usted negarse, padre Ramón.

P. RAM. ¡Si no me niego! Es que preveo que mis versos van á nublar sus alegrías.

PRES. Aunque las nublasen. Es para los pobres.

P. RAM. Por ellos las haré.

TODAS ¡Bravo! ¡Bravo!

P. RAM. Y ya que hablo de pobres, entre personas tan cristianas y tan caritativas, tengo que decirles una cosa: es más, esperaba á ustedes para hablarles. También tengo mis pobres yo; sobre todo, tengo dos muy pobres; más pobres que los que carecen de dinero, porque se hallan en riesgo de perder lo que vale más que el dinero: el alma. El uno es un obrero, el otro una joven.

BAR. ¿Qué podemos hacer por ellos?

P. RAM. Salvarlos.

PRES. Pida Cuanto esté en nuestra mano se hará.

BAR. ¡Qué duda cabe!

P. RAM. Gracias por la obra de caridad que prome-

ten. Don Andrés, usted puede ocuparse del hombre. (A ellas.) De la mujer, ustedes.

D. AND. Por mi parte, hecho.

BAR. ¿Quién le niega á usted nada? Tratándose de lo que se trata, menos aún.

P. RAM. Me harán un inmenso favor. No lo pido por mí. Es por ellos, por ellos que están á punto de perderse, de hundirse, por siempre jamás, en el vicio. El, ya pagó su falta. Ella, todavía la paga y la llora.

D. AND. (Levantándose.) ¿Quiere usted decir que ese hombre ha estado preso?

P. RAM. Preso por los hombres.

D. AND. ¡Ha estado preso y pide usted que lo emplee en mi casa! ¡Nunca! (Todos se levantan.)

P. RAM. ¿Dice usted que nunca?

D. AND. ¿A un presidiario?

P. RAM. Para los cristianos no es un presidiario, es un pecador.

D. AND. Pues para mí es un presidiario.

P. RAM. ¿No ha dicho usted que era cristiano?

D. AND. Lo soy .. sin exageraciones.

P. RAM. Don Andres, piense usted que se trata de un desgraciado.

BAR. Y ella, la que usted quiere que protejamos, ¿es también una... desgraciada?

P. RAM. También. ¡Quién no es desgraciado en el mundo!

BAR. Comprenda usted, padre Ramón...

P. RAM. ¿Quién puede tirar la primera piedra? ¡No me desoigan, se lo ruego! ¿No quieren proteger á los desvalidos? ¿Quién más desvalidos que esas criaturas? ¿Qué obra de caridad superior á la de ampararlas?

D. AND. Les daremos una limosna.

P. RAM. No es limosna lo que necesitan. Es una mano que lo sostenga, para impedirles caer; es la confianza moral, la vida del espíritu... algo que les permita llevar alta la cabeza, su pobre cabeza que se humilla porque la esperanza no la sostiene.

D. AND. ¿Por qué no las protege usted?

P. RAM. ¿Y usted me lo pregunta? ¿No sabe que me es imposible? De sobra le consta lo que he

hecho, no por ellos, por todos. Hasta he pedido á usted dinero para devolvérselo vendiendo los derechos de mis producciones. ¿Piensa que se lo he pedido para mí? ¿No sabe que á poder traería á mi casa á esas dos criaturas? ¡Las traería, aunque ustedes viniesen después á despreciarme!

JORGE Padre, véngase á la razón.

P. RAM. Hablo suplicando á cristianos; hablo á personas que, según dicen, estiman á los desvalidos; á ellos les digo y les repito que tienen en sus manos la salvación ó la perdición de dos almas.

PRES. Nosotras no podemos cuidarnos de todos.

P. RAM. Yo no hablo de todos; es de dos. Ustedes son muchos.

JORGE Padre Ramón, no trate de obligarlas; no tiene usted derecho. Observe que se aparta de la humildad cristiana.

P. RAM. La fe me obliga á mí.

D. AND. También tenemos fe nosotros.

P. RAM. ¡Qué la han de tener! Si estuviesen ciertos de que dando cuanto poseen ganarían la gloria eterna, ¿no lo entregarían todo por la gloria? ¿Por qué no lo entregan? Porque dudan. Porque quieren ir al cielo, pero en coche.

JORGE ¡Padre Ramón! ¿Y la humildad?

P. RAM. Cuando se trata de hacer bien á los desgraciados, no la tengo. Soy el pobre decente que ustedes querían poner en la puerta. En la puerta estoy, pero cuando veo mercaderes en el templo, entro en él.

BAR. ¡Nunca hubiésemos esperado oir de usted semejantes palabras!

JORGE Recuerde usted que son unas señoras.

P. RAM. Recuerden ustedes que soy un sacerdote. Hablo en nombre de los desvalidos, de los tristes, de los abandonados en la tierra.

BAR. (Dirigiéndose al fondo.) Vámonos.

PRES. Sí, vamos. (Idem.)

JORGE Modérese, modérese. Los ayunos le perturban y...

P. RAM. Es que no hay derecho á moderarse cuando nuestra debilidad la pagan los prójimos. Les hablo á ustedes con amor, en nombre de la santa virtud, y me contestan con discursos convencionales para disfrazar su egoísmo. Pues bien. Cuando el egoísmo grita, la virtud debe gritar más alto.

BAR. Vamos. Creíamos tratar con un sacerdote humilde y tratamos con un perturbado.

P. RAM. Y yo creía tratar con cristianos y me equivoqué. Ustedes se disfrazan de cristianos pero no lo son. Valdría más que fuesen unos descreídos. Al menos se les podría convertir. (Todos menos Ramón, han llegado al fondo.)

JORGE ¡Está loco! ¡Loco! Vámonos.

P. RAM. Sí, estoy loco. A los que están locos se los deja. Dejadme, dejadme con los miserables, con los míos. Este no es vuestro sitio... Idos de aquí, gente... prudente... (Aparecen en el fondo y abren paso cuando salen los otros cuyas últimas frases escuchan el Padre Juan, Marta y Francisca. Salen la Baronesa, la Presidenta, Sariol, Jorge y don Andrés.)

ESCENA IX

PADRE RAMÓN, PADRE JUAN, FRANCISCA, MARTA. Después MIGUEL

P. JUAN ¿Qué has hecho, Ramón?

P. RAM. Lo que debía. Ver que ellos son unos y otro yo; esperar amparo y hallar hipocresía. Enterarme de que si Cristo volviese á la tierra y fuese pobre, volverían á crucificarlo esos fariseos de nuevo cuño.

P. JUAN Y ahora, ¿qué vas á hacer?

P. RAM. ¿Qué voy á hacer? Lo que no han hecho los ricos lo haré yo. (Entra Miguel que queda en la puerta del fondo.) Miguel, hasta que encuentres trabajo no salgas de esta casa.

FRAN. ¡Santísima Virgen!

P. RAM. Y tú, Marta, no salgas tampoco.
FRAN. ¡Marta en casa!
MARTA ¿Yo?
P. RAM. ¡Quédate!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo

ESCENA PRIMERA

FRANCISCA y el PADRE JUAN

FRAN. Está dicho. No quiero seguir más en esta casa. No me da la gana de vivir con ella. Ahí la tiene, que se la guarde.

P. JUAN Piensa que eres madre.

FRAN. El es hijo. Se está quedando igual que un fideo; es propiamente una estampa de San Francisco; y con esos mareos que le dan el día que menos lo piense se queda muerto entre mis brazos.

P. JUAN Por esa misma razón no puedes dejarle.

FRAN. ¿He dicho en mis brazos? Pues quería decir en los de ella.

P. JUAN ¡No hables así!

FRAN. Hablo la verdad. Solo encuentra bueno lo que le da ella.

P. JUAN Y lo que le das tú, ¿no lo encuentra bueno?

FRAN. También.

P. JUAN En tal caso ¿de qué te quejas?

FRAN. Me quejo de que no se queje él. Es muy paciente. Y tanta paciencia no es para el genio mío.

P. JUAN Eres buena; pero eres muy pesada, Fran-

cisca. Tienes celos de todo. De un hijo no debe tenerlos una madre.

FRAN. Yo no soy como tú, que eres de pasta flora. Gracias á que Miguel ha encontrado colocación, si no aún le tendríamos en casa.

P. JUAN ¿No es agradecido?

FRAN. ¡Agradecido! ¿Te figuras que viene por él?

P. JUAN ¿Por quién si no?

FRAN. Por Marta.

P. JUAN No seas mal pensada.

FRAN. Lo que han visto mis ojos...

P. JUAN No hay como mirar con los ojos de la malicia para ver.

FRAN. Y no hay como ser rector de montaña para no ver. He visto que se hablaban al oído, que se daban las manos y que se las tenían cogidas más tiempo del que tardas tú en decir una misa.

P. JUAN Son jóvenes y son solteros.

FRAN. Pero me parece que no le está bien á Ramón amparar en su casa noviazgos.

P. JUAN Claro que no; si ello fuera verdad habría que advertirle. Pero yo no lo creo.

FRAN. Tampoco lo cree él; tampoco lo ve él. Claro. ¿Cómo ha de verlo si está ciego por ella?

P. JUAN ¡Mira lo que dices, Francisca!

FRAN. No hablo en mal sentido; pero te aseguro que está ciego por ella. Si no fuese porque es un cura juraría que está embrujado ó que le han dado á beber alguna porquería.

P. JUAN No digas disparates. La virtud de Ramón no admite embrujamientos de ninguna índole.

FRAN. Ella es mala, créeme á mí, muy mala Hoy no se peina y mañana se peina tres ó cuatro veces; hoy reza y mañana no reza; cuando piensas que está más tranquila le da un accidente de esos que le hacen echar espuma por la boca. ¿Es de gente buena tener accidentes cada cinco minutos?

P. JUAN ¡Vaya! ¡No hay quien pueda contigo! Dí qué quieres que hagamos y no me obligues á ir más de la montaña aquí y de aquí á la montaña como si fuese una lanzadera.

FRAN. ¿Qué vamos á hacer? Irnos.

P. JUAN ¿Y si Ramón estuviese enfermo de cuidado?

FRAN. Ya la tiene á ella.

P. JUAN ¡Y torna!... Por última vez vuelvo á recordarte que es tu hijo. (Entra por el fondo Jorge del Pozo.)

ESCENA II

LOS MISMOS, JORGE DEL POZO

JORGE Buenas tardes. ¿No está el padre Ramón?

P. JUAN En su cuarto, rezando.

JORGE Mejor. Necesito hablar con ustedes.

P. JUAN Hable.

JORGE Vengo á decirles—por eso me alegro de encontrarlos á ustedes solos—que la conducta del padre Ramón no puede contiuar.

P. JUAN ¿Qué conducta?

JORGE La suya. Está dando mucho que hablar.

P. JUAN ¡El!

JORGE Sí, él. Su comportamiento pasa de extraño misterioso, por no calificarlo de otra manera.

FRAN. (Al Padre Juan.) ¿Ves lo que te decía yo, pazguato?

JORGE Tiene deudas, deudas chicas; las peores, porque hacen gritar á muchos á la vez. Ni las deudas sabe tener con orden este padre Ramón.

P. JUAN Si vive como un ermitaño.

FRAN. El ama que tenemos en casa es quien lo gasta todo.

JORGE ¿El ama? ¿No es usted?

FRAN. ¡Quiá, infeliz! El ama aquí es Marta.

JORGE ¿Está segura de que es Marta quien le obliga endeudarse?

FRAN. ¿Quién va á ser?

P. JUAN Eso no es exacto. Pondría las manos en el fuego.

FRAN. Te quemarías.

P. JUAN Aunque me queme no lo creo.

FRAN. Repito á usted que la culpa la tiene Marta. Es mala, ¡muy mala, don Jorge!

JORGE Ya me lo maliciaba yo; y á eso vengo; á evitar el escándalo. Pecado oculto, pecado medio perdonado. Que haga lo que quiera pero que evite la publicidad. Más vale que tenga un delito *secreto* que una faltilla pública. ¿Por qué no hace como los otros?

P. JUAN Ni él tiene faltas, ni causa mal á nadie, ni se lo ha causado á nadie en su vida.

JORGE El vicio de las deudas es el que menos perdonan las gentes. Siendo ella la culpable... Debemos arrancarle á las manos de esa perturbadora.

FRAN. No podrá usted.

JORGE ¿Por qué?

FRAN. Porque ha echado raíces.

JORGE Peores se han desarraigado.

FRAN. Yo que soy su madre no puedo. Ignora usted que Marta...

P. JUAN ¡Calla! De las cosas que no se saben ciertamente no se murmura; cuando se saben ciertamente se callan.

FRAN. No sé nada, pero sospecho de ella.

JORGE ¿Sospecha usted? ¿Qué? (Francisca hace ademán de contestar; el Padre Juan la interrumpe con el gesto.)

FRAN. ¡No me dejan decirlo!

P. JUAN Dilo inmediatamente. La insinuación del mal es peor que que la misma calumnia. Si tú no lo dices, lo diré yo. Sospecha que Marta se halla en relaciones...

JORGE ¿Con él?... ¡Con!...

P. JUAN ¿Lo ve usted, pecador? ¿Ves tú, desgraciada ignorante, lo que es hablar á medias? Sea usted justo y no abrigue malos pensamientos. Sospecha que Marta está en relaciones con Miguel.

JORGE Con aquel... obrero. ¿Y lo sufren ustedes?

FRAN. Ya se lo prohibiría yo si me dejasen; pero tengo atadas las manos.

P. JUAN Y la lengua suelta.

FRAN. Y los pies. Por eso me quiero ir de esta casa. Yo no puedo aguantar ciertas cosas.

JORGE Ni debe usted. Si las cosas que usted sospe-

cha continúan, su obligación es marcharse de aquí.

FRAN. ¿Oyes? (Al Padre Juan.)

P. JUAN ¡Que tiene obligación de dejar á su hijo!

JORGE La religión es antes que su hijo.

P. JUAN Un amor no excluye á otro.

JORGE Cuando hay que sacrificar uno, se sacrifica el más peligroso. En esta ocasión el más peligroso es el de madre.

P. JUAN No le entiendo.

JORGÉ Fácil es entenderme.

P. JUAN Quiero decir que no entiendo jota de esta religión de la ciudad y que ahora soy yo quien deseo irme.

JORGE Ya he cumplido con mi deber. Subí para advertir á usted. Ahora voy donde aguardan el resultado de mi visita para tomar resoluciones. Buenas tardes. (Al salir Jorge por el fondo, entra Marta por la izquierda.)

ESCENA III

EL PADRE JUAN, FRANCISCA y MARTA. Al final MIGUEL

MARTA ¿Quién era?

FRAN. Alguien que ha venido á enterarnos de cosas que tú sabes.

MARTA ¿Yo?

FRAN. Sí, tú. No te hagas la inocente.

MARTA Ni lo soy ni me lo hago.

FRAN. ¿Vas á probarnos que no conoces á Miguel?

MARTA Claro que lo conozco.

P. JUAN ¡Francisca!

FRAN. ¿Vas á decirnos que no viene por tí?

MARTA Sí que viene. No tardará en llegar.

FRAN. ¿Te alegra que venga, eh? (Al padre Juan.) ¿Te convences?

P. JUAN No marees, Francisca.

MARTA ¡Qué mal me quiere usted y cuanto me atormenta!

FRAN. Más atormentas tú.

MARTA ¿Yo?... ¿A quién?

FRAN. A todos; porque tú tienes la culpa de todo;

y si no, ¿á que no cuentas lo que pasa? ¿A que no nos lo dices lo que hay entre Miguel y tú? (Aparece Miguel en el fondo.)

MARTA Aquí lo tiene usted; pregúnteselo.

FRAN. No necesito preguntárselo.

P. JUAN Ven. Vente conmigo al comedor. Calma. No te sofoques.

FRAN. Sí, vamos; porque no podría contenerme. (Salen por la izquierda Francisca y el padre Juan.)

ESCENA IV

MARTA y MIGUEL

MIG. ¿Qué pasa?

MARTA Pasa que me asesinan á preguntas y á malos pensares, que no me dejan vivir, ¡que no puedo más!

MIG. ¿No habrá sido el padre Ramón?

MARTA El padre Ramón no ve nada; no quiere ver nada. Son la tía y los que vienen... y los que no vienen.

MIG. ¿Qué sospechan?

MARTA ¿Qué quieres que sospechen? La verdad. Los amores nuestros.

MIG. ¿Y eso te importa?

MARTA ¡No! No me importa de los que me critican. Les tengo tanto desprecio como ellos á mí mala voluntad. Pero el padre Ramón es distinto. La bondad que tiene conmigo me infunde respeto.

MIG. ¿Qué cosa mala hemos hecho nosotros?

MARTA No hablarle con sinceridad. Nunca tuve secretos para él. Desde pequeña ha leído en mí como en un breviario. Ahora le oculto el fondo de mí pensamiento... y... no sé... Me parece que cometo una infamia no echándome á sus pies y diciéndole: «Ramón, yo y Miguel... nos queremos.»

MIG. Digámoselo.

MARTA Cuanto más días pasan más temor tengo de que lo sepa.

MIG. ¿Por qué? El padre Ramón es hombre que sabe hacerse cargo de las cosas. ¿Quieres que se lo diga yo?

MARTA No. Mira. Si supiera que había de parecerle mal, que iba á oponerse, puede que me atreviera. La bondad suya me acobarda.

MIG. ¿Te crees culpable por quererme?

MARTA No lo sé. No sabría decirlo. Sólo sé que necesito que me quieran; que busco el amor por el mundo y que desearía descansar de una vez para siempre encontrándolo.

MIG. ¿No has querido nunca?

MARTA He querido .. pero muy de lejos...

MIG. ¿No eres mía?

MARTA Casi lo soy, y tengo fe en serlo del todo.

MIG. Y yo en que serás mi mujer tal y como necesito yo á la mujer. Una compañera que me siga... un modelo de cariño y de abnegación para mí y para los que piensan igual que yo; algo así como un ángel bienhechor para los desahuciados del rico. Mi amigo y el de mis amigos. La mujer que me acompañará á recoger lágrimas de otros, para hacerse con esas lágrimas... ¿qué diría yo? un collar de perlas.

MARTA Eso que hablas no es pensar en mí.

MIG. Porque pienso en tí lo hablo. Quiero conducirte conmigo como á una imagen que me guíe y me fortalezca en las horas de lucha.

MARTA También te perderé.

MIG. ¿Por qué has de perderme? No vamos á ir juntos, cogidos de la mano todos los días del vivir nuestro. ¿No sabes que yo trabajaré y escribiré y batallaré siempre con el pensamiento puesto en tí? ¿No sabes que consideraré á tu hijo como propio y lo educaré, te lo juro, como debe educarse á los hombres: bravo, amante de los otros, pronto si ello fuera preciso á morir por la fe; sí, por la fe, por nuestra fe. Yo haré de él criatura libre; libre con la más libre de las libertades, la que consiste en no ser esclavo de uno mismo.

MARTA ¡Háblame de mí! ¡Dime que me quieres á

mí! ¡á mí sola! ¡Dilo! ¡Lo necesito! ¡Me hace gran falta convencerme!

MIG. ¿No sientes el amor como yo?

MARTA ¡Dime que me quieres más que á todos juntos!

MIG. ¡Chiquilla! ¡Si no te puedo querer más!

MARTA No es eso, es que necesito ser sola; y tu pensamiento huye también allá... no sé dónde.

MIG. ¿Por qué dices también?

MARTA Porque yo querría entregarme á tí con los brazos de par en par abiertos; entregarte el espíritu, la abnegación, el corazón, la esperanza, la fe, la virtud... ¡todo! Y cuando pretendo recoger tanto amor como doy, me encuentro con que el hombre querido me huye y se me escapa de los brazos. ¡Tampoco tú serás el hombre que soñaba yo!

MIG. ¿No tienes confianza en mí?

MARTA Te creo porque me hace falta creer. Te seguiré porque te quiero y busco amparo. Deseo no estar sola. No vivir esta soledad en que vivo.

MIG. ¡Yo te adoro, Marta!

MARTA ¡Así! .. ¡Háblame así!

MIG. Te amo más que á nadie... Hasta morir. (Cogiéndola una mano.)

MARTA Hasta no morir que es más largo y da tiempo de arrepentirse. (Arrojándose en brazos de Miguel.)

ESCENA V

DICHOS, el PADRE JUAN y FRANCISCA, por la izquierda

FRAN. ¡Ea! ¡Ya se ha cortejado bastante! ¿Os habéis dicho todo lo que os teníais que decir? (Al padre Juan.) ¿Has visto todo lo que habías de ver?

P. JUAN Déjame en paz. Yo no he visto nada.

FRAN. ¿Querrás decir que has visto demasiado?

MIG. ¿Qué ha visto?

FRAN. Vosotros lo diréis. Me parece que no estabais rezando.

MIG. Señora Francisca, no tenemos que ocultar-

nos de nadie. Si nos hablamos y si nos queremos, derecho nos asiste.

FRAN. También tengo yo derecho á deciros una cosa, y es ésta: Puesto que Ramón no vigila su casa, yo la vigilaré.

MARTA ¡Tía!

FRAN. Para vosotros no hay acción mala; todo lo arregláis con discursos que nos atontan á los ignorantes. Mira, yo no entenderé las tonterías que hablais vosotros; pero lo de apretaros las manos y lo de abrazaros, sí lo entiendo y de sobra. ¿Qué dices tú, Juan?

P. JUAN Yo no digo nada.

FRAN. En tal caso lo diré yo: ¿Así pagais la caridad que se os hace? ¿Vais á convertir esta casa en reja de novios? No teneis conocimiento ni prudencia.

MIG. ¡Señora Francisca!

P. JUAN Cállate.

FRAN. ¡No me da la gana!

MIG. Estoy seguro de que cuando el padre Ramón lo sepa, no nos reprenderá; aprobará nuestra conducta.

FRAN. ¡Capaz es! Porque ese no vive despierto; vive como encantado. De todos modos si lo aprueba él, yo no; porque yo vivo en este mundo y conozco á la gente, y lo que me falta de letra me sobra de malicia.

MARTA ¿Qué mal hay en querernos?

FRAN. ¡Quererse y buen provecho os haga! Yo me lavo las manos. Lo que os advierto es que Dios os castigará.

P. JUAN ¡Francisca!

FRAN. Sí, os castigará. Para los malos tiene que haber castigo.

MIG. (A Marta.) No hagas caso.

FRAN. Sí, un castigo, ¡un castigo eterno!

P. JUAN Francisca, te exaltas; no sabes lo que dices.

FRAN. ¡Exaltarme yo! En esta casa soy la única que tiene juicio. Todos hablan aquí de hacer bien, y aquí no hay quien viva.

MARTA Porque usted no quiere.

FRAN. Porque soy franca, y no paso por... porquerías.

MARTA ¡Tía!

FRAN. Digo la verdad.

MIG. Cállese usted y no nos atormente más, que me hace perder la paciencia. Lo que es usté es una egoista; tiene usté la bondad medida con rasero, ni mucha ni poca, no hace mal ni bien por pereza, y no es mala también por pereza; quiere de munición; y si no ha caído nunca en tentaciones es porque no ha sabido verlas.

FRAN. ¡No tienes chispa de vergüenza!

MIG. Prefiero no tener ninguna á tenerla tasada como usted.

FRAN. ¿Oyes, Juan?

P. JUAN ¡Demasiado! Quisiera no tener orejas. Hacedme el favor de callar. Os lo pido por todos los santos.

FRAN. No quiero callar.

MARTA ¡Miguel!

FRAN. Sí, que te defienda tu Miguel.

MARTA Es su obligación. Será mi hombre; me hará digna de él y protegerá á mi hijo como un padre.

FRAN. Pero el hijo no será suyo.

MIG. ¡Deslenguada!... Iba á decirle á usted mala mujer, pero ni tal nombre merece.

P. JUAN ¿Dónde estamos, Señor?

FRAN. ¿Dónde? En una casa que, pudiendo ser un cielo, acabará por condenarnos á todos sin que se escape uno. (Aparece el padre Ramón por la derecha.)

ESCENA VI

DICHOS y el PADRE RAMÓN

P. RAM. ¿Qué es esto? ¿Quién grita?

FRAN. (Por Marta.) Ella te lo dirá.

MARTA No tengo nada que decir.

P. RAM. ¿Qué ha ocurrido?

FRAN. Ha ocurrido, que Marta, esta Marta que tú colocas en un fanal, y ese Miguel, que colocas en otro, me han puesto como un trapo.

MARTA Yo no he dicho nada.

P. RAM. ¡Dios mío!

FRAN. Te lo he avisado muchas veces. Todo inútil. Si tanto la quieres, te la guardas; yo... ¡yo me voy!

P. RAM. ¿Dónde?

FRAN. Á la aldea.

P. RAM. ¿Usted?

FRAN. Yo. Me voy con tu tío y te dejo con esta buena pieza.

MARTA ¡Tía, no me maltrate! ¡Aunque he aprendido á tener paciencia, tanta, es ya mucha para mí!

P. RAM. ¡Por mí, madre! ¡Por amor de Dios, Marta! Es preciso que sepais sufrir y callar, y perdonar los defectos, y ser humildes, y mirar las faltas propias para disculpar las ajenas.

FRAN. No prediques. Pierdes el tiempo.

P. RAM. Dominaos; tengamos paz; ved que estáis matándome poco á poco.

FRAN. Pues por eso me voy; para no darte más disgustos.

P. RAM. ¡Madre! Usted no se irá.

FRAN. ¡Que no! Ahora mismo. Hace días que te lo anuncio, y tú, venga predicar sin hacerme caso. Ha llegado la hora. Andando, Juan.

P. RAM. ¿Tendrá usted valor de dejarme?

FRAN. ¿No te queda ella?

P. RAM. No. ¡Usted no se irá! (Al Padre Juan.) Hago á usted responsable de sus acciones.

P. JUAN ¿A mí? Por mí, quedémonos.

FRAN. Con ella jamás.

P. RAM. ¿En qué la estorba á usted?

FRAN. ¡No me tires de la lengua!

P. RAM. Hable usted.

FRAN. Tendría mucho que decir. Prefiero marcharme. Para que veas que me marcho sin guardarte rencor, ¡abrázame! (Dirigiéndose á Ramón con los brazos abiertos.)

P. RAM. (Abrazándola.) ¡Madre!

FRAN. ¡Figúrate, cuando te dejo, si tendré motivo! Ya ves, hasta me han dicho que si no te dejaba me condenaría.

P. RAM. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

FRAN. Quien lo sabe.

P. RAM. No; no puede ser que haya criaturas tan perversas.

FRAN. ¿Quieres que me quede? Me quedaré; con una condición. Echa á Marta.

P. RAM. Nunca. Usted es mi madre. No me rebelaré contra usted jamás; pero nunca, ni por usted ni por ninguno, cometeré yo una injusticia, un acto contra mi conciencia. No hay razón para echarla.

FRAN. ¡Que no! ¡Vaya! ¡Esto no se puede aguantar! ¡Verte siempre en el limbo, me irrita! No quiero contártelo yo. Ella misma te contará si ha hecho ó no ha hecho motivo para echarla.

MARTA Sí, se lo contaré.

FRAN. Piensa que no volveremos á vernos más.

P. RAM. ¡Madre! (Suplicante.)

FRAN. Está dicho. Vamos. (Se dirige al foro con el Padre Juan.)

P. JUAN Ya ves que no soy yo, que es ella quien se empeña en que no nos veamos más. No nos veremos más, pero si te sientes malo avisa. (Salen por el fondo, Ramón tiene como un ataque de ahogo.)

ESCENA VII

PADRE RAMÓN, MARTA, MIGUEL

P. RAM. ¡Jesús mío!... ¡Ya que me enviais tribulaciones, enviadme fuerzas! ¡Haceme sufrir, si es vuestra voluntad, pero no me desamparéis! ¡No me abandonéis á mí propio, porque desfallezco! (Breve pausa.) Marta, ¿de qué te acusan?

MARTA De querer á Miguel.

P. RAM.. (Poniéndose la mano en el corazón.) ¿A... Miguel?

MARTA De quererle como él á mí.

MIG. Si el quererse es culpa, somos culpables.

MARTA Yo pensaba decírtelo, pero temía... no sé qué temía.

MIG. Creo poderla hacer dichosa. Seré digno de

ella. He faltado no diciéndoselo á usté, padre; de eso sí que me acuso; de otra cosa no.

P. RAM. No tienes que acusarte de nada. Debía haberlo presumido Los dos jóvenes, cerca el uno del otro, los dos con el pensamiento fantaseador, y el cuerpo pletórico de vida. ¡Ay! ¿Quién no ama teniendo juventud para tomarla y para ofrecerla?

MIG Mis intenciones han sido puras y claras como la misma luz.

P. RAM. Te creo, Miguel. Tampoco eres de los que viven aferrados á las asperezas de este mundo infeliz.

MIG. No. Tampoco.

P. RAM. (A Marta) Tú, sí; tampoco tienes culpa de ello. Eres mujer.

MIG. Yo velaré por ella.

P. RAM. Si puedes.

MIG. Tengo corazón para hacerla feliz.

P. RAM. Sedlo, ya que podéis. Ahora dejadme solo.

MIG. ¿Se encuentra usted mal?

P. RAM. No, pero dejadme.

MARTA ¿Quieres que?...

P. RAM. Necesito estar sólo. La ida de mi madre... ¡Todo me pide soledad! Necesito rezar por todos, por ella, por vosotros, por mí, por mí más que por todos; necesito mirar por encima de las criaturas. ¡Dejadme sólo! ¡Os lo suplico! (Marta y Miguel se van por la izquierda, el padre Ramón se sienta en un sillón donde permanece llorando y respirando difícilmente, como si se asfixiara. Entra por el fondo el Secretario del Obispo.)

ESCENA VIII

EL SECRETARIO, PADRE RAMÓN. Al final MIGUEL

SEC. La paz de Dios sea en esta casa. (Fijándose en el padre Ramón.) ¿Llora? ¿Le encuentro á usted llorando, padre Ramón?

P. RAM. Sí... ¿Quién no tiene motivos para llorar en este nuestro valle de lágrimas?

SEC Llore usted. El llanto es uno de los pocos consuelos que tienen los hombres. Usted no me recordará, padre Ramón.

P. RAM. Le recuerdo perfectamente.

SEC. El día que conocí á usted—hace ya mucho tiempo, en la montaña—presentí que alguna vez volveríamos a encontrarnos. Sin embargo, no creí encontrarle como le encuentro.

P. RAM. Perdóneme usted.

SEC. Creo adivinar lo que le sucede.

P. RAM. ¡Quién sabe!

SEC. Aunque no hemos vuelto á saludarnos, conozco el camino que sigue usted y sé que está lleno de espinas y que usted no trata de apartarlas; anda usted por entre ellas con los pies desnudos.

P. RAM. No sé andar de otro modo.

SEC. Hace usted mal.

P. RAM. Es Dios quien me traza el camino.

SEC. O usted quien lo busca. Escuche, hermano mío. Vengo primeramente á consolarle; después, si puedo, á aconsejarle; y por fin, á advertirle. El consuelo más se lo dará el llanto que se lo darían mis palabras. Las lágrimas brotan de la fuente del sentimiento y van al lago de la resignación; usted sabrá encontrar ese lago de aguas tranquilas para bálsamo de su espíritu. Por lo que toca á consejos, le pido licencia para dárselos.

P. RAM. Hable usted.

SEC. Debo decirle que usted ama á los desvalidos, á los desgraciados, á los miserables; que quiere usted atraerse las almas sin saber en qué mar navegan, sólo porque son almas. ¡Ay, hermano!... Si por salvar unas pierde usted otras, no será el camino más seguro para conducir muchas al cielo. La fe ha de filtrarse en los contrarios, en los enemigos, siempre que ellos no traten de obligarnos á perder la nuestra. Entonces hay que proceder de un modo y valerse de unas armas que no posee usted. ¿Sabe usted cuáles son esas armas, padre Ramón?:

la prudencia y el tacto. Le aconsejo prudencia.

P. RAM. ¿Y para qué he de tener prudencia? ¿Para hacer el bien?

SEC. Para no hacer el mal.

P. RAM. ¿No son todos los pobres, piensen como piensen, de los que sufren, de los que lloran, de los que tienen hambre y sed de justicia?

SEC. Todos lo son.

P. RAM. ¿No son todos hermanos nuestros?

SEC. Sí.

P. RAM. ¿No es ley de Cristo no mirar á quien se predica?

SEC. Sí; pero usted no aplica bien la ley. La ley se debe interpretar amoldándola á los tiempos en que uno vive. Ha de seguirse con prudencia; de otro modo no hay forma de hacerla comprender á los hombres. Usted con sus interpretaciones puras nos compromete. Ya lo sabe.

P. RAM. ¿Yo les comprometo siguiendo las palabras de Cristo?

SEC. Sí; porque por favorecer á unos, rebaja á otros; porque por salvar á los pobres, aleja á los ricos, por simpatía á los exaltados asusta á los prudentes, y por convertir á los impíos aleja á los piadosos.

P. RAM. Yo no pretendo ir contra nadie. Trabajo por los abandonados, porque están en mayor peligro.

SEC. ¡Se excede usted!

P. RAM. ¡Siempre no excederse! ¡Siempre hacerlo todo con medida! ¡Siempre el tacto y las conveniencias! ¡Siempre regateando el amor y la fe!... No me atormenten más porque braceo en el vacío. No sé dónde quieren llevarme ustedes. Déjenme tener la fe absoluta ó quítenmela por completo, ¡Dios me perdone!, quítenmela ustedes si Dios se lo permite.

SEC. ¿Ve como blasfema?

P. RAM. Dios me libre de blasfemar. Es que naufrago en el mar de la indiferencia y me falta

la respiración. Todos los que me rodean tienen fe, y todos dudan; todos aman á los pobres, y los pobres se mueren de hambre; todos creen, y el templo está desierto; todos esperan, y ninguno mira el más allá. ¡Dios mío! Vos que todo lo veis, ¡con qué amargura debéis sonreir viendo tantos y tantos seres que os creen engañar!

SEC. Su exaltación es muy hermosa, pero no convence.

P. RAM. ¿Qué voy á hacerle si no soy bastante bueno para que Jesucristo me escuche? Yo ruego á todas horas; ruego con el corazón transido de pena, pidiendo clemencia, piedad, fuego divino, amor para todos. ¿Qué voy á hacer si mis oraciones no llegan al cielo y si los hombres no me quieren oir?

SEC. ¡Misticismo! ¡Puro misticismo! Usted es el último místico, padre Ramón. Usted no ha nacido para vivir en nuestro siglo.

P. RAM. Los siglos no se cuentan ante la eternidad.

SEC. Son los escalones de la eternidad. Para subir á esa eternidad, se han de hacer concesiones que no hace usted, hay que ser más oportunista de lo que es usted y ofrecer otros ejemplos que los que usted ofrece.

P. RAM. ¿Yo?

SEC. Usted. Para probárselo pasemos á la tercera parte, á las advertencias. Vengo en nombre del señor Obispo.

P. RAM. ¿De parte del señor Obispo? (Levantándose.)

SEC. De su parte. Usted no vive solo.

P. RAM. (Sentándose.) Vivía con mi madre. Se ha ido. No queda en casa más que mi prima Marta.

SEC. De ella se trata precisamente. No puede usted vivir con ella.

P. RAM. Era pobre; había pecado; como no la amparaba nadie, la recogí yo.

SEC. Casas de arrepentidas hay.

P. RAM. Arrepentida vino á la mía.

SEC. Esa mujer le perderá á usted.

P. RAM. Sospeche usted de mí, de ella no.

SEC. No sospecho. Digo sencillamente que puede ser una tentación para usted.

P. Ram. ¿Y si lo fuera?

Sec. Debería usted evitarla.

P. Ram. Resistirla significa más á los ojos de Dios que evitarla.

Sec. Los hombres ignoran si ha resistido usted.

P. Ram. Dios lo sabe.

Sec. Recuerde usted que es el señor Obispo quien lo aconseja.

P. Ram. Recuerdo mucho sus consejos; para que se convenza, voy á decirle á usted las primeras palabras que me dirigió y que no se borran de mi memoria: «Bienaventurados los que lloran—me dijo—los que tienen hambre y sed de justicia, los misericòrdiosos y los limpios de corazón; recuerda y cumple esto con todo amor, venga lo que venga, pase lo que pase; cuando se trate de hacer el bien no te doblegues á nadie, entiéndelo, á nadie». Marta es una desgraciada; yo recordé las santas frases del Obispo y no quise doblegarme ante nadie y la admití en mi casa.

Sec. Usted interpreta aquellas palabras...

P. Ram. No las interpreto. Las repito. Son suyas y del Evangelio.

Sec. Si su ilustrísima hubiera sospechado el uso que iba usted á hacer de ellas no las hubiera dicho.

P. Ram. ¿Qué mal uso hago yo?

Sec. Dar escándalo.

P. Ram. Pecadores deben ser los que se escandalizan.

Sec. Resumiendo: ¿quiere usted echarla ó no quiere?

P. Ram. No. Hasta que se case no saldrá de aquí.

Sec. Falta usted á la obediencia que se debe al señor Obispo.

P. Ram. Puede que falte á la obediencia de hoy; pero no falto á la de aquel día.

Sec. Padre Ramón, piense usted lo que hace; escuche la voz del deber; acuérdese de quien es. No se pierda.

P. Ram. Dios es Juez Supremo.

Sec. Témale.

P. RAM. No le temo, le amo.

SEC. Le ama usted malamente.

P. RAM. Le amo cuanto puedo, ¡amo al prójimo por *El;* á todos por *El;* á los mismos enemigos por *El!*

SEC. Es decir, ¿que se declara en rebeldía?

P. RAM. Me declaro sumiso á las órdenes del Señor.

SEC. Esas órdenes las interpreta y me las da quien tiene más poder que nosotros.

P. RAM. Quien tiene más poder que nosotros me repitió un día esta frase de Cristo: «Bienaventurados seréis vosotros cuando por el amor mío os maldigan.»

SEC. Así se lo diré á su ilustrísima. Deploro, por usted, que mi visita haya sido inútil. Manifestaré al señor Obispo que ha podido ella más que los consejos de un superior.

MIG. (Que ha salido un poco antes por la izquierda.) No, dígale usted que ya no está aquí.

SEC. ¿Que se ha ido... ella?

P. RAM. ¿Marta?

MIG Sí, la... pecadora no está aquí Ha comprendido que estorbaba y se ha marchado.

SEC. ¿Debo decir que volverá?

MIG. No tenga usted miedo. Diga que no volverá nunca. Yo me encargo de que no vuelva.

SEC. Sea usted quien fuere, ha logrado lo que no podíamos lograr nosotros.

MIG. Porque yo he logrado por amor, lo que ustedes no hubieran logrado con desprecios. A los pobres... pecadores se les convierte con el único lenguaje que entienden. Con el lenguaje del amor.

SEC. Hágase el milagro, aunque sea el amor quien lo haga. Resuelto ya todo, puedo retirarme y me retiro. La paz de Dios sea en esta casa.

MIG. Buenas tardes. (El Secretario sale por el fondo.)

ESCENA IX

EL PADRE RAMÓN y MIGUEL. Al final los POBRES 1.° y 2.° y dos pobres mas

P. RAM. ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué me deja? ¿Qué le he hecho para que me abandone?

MIG. Le he aconsejado que se fuera.

P. RAM. ¿Tú?

MIG. Yo. Por el cariño que le tengo á usted.

P. RAM. Todos me quieren y todos me matan.

MIG. Usted no podía vivir con ella. También soy yo de los que llaman por ahí idealistas; por lo que me ocurre á mí, adivino lo que le ocurre á usted. Usted y yo lo vemos todo por el lado bueno; los otros no. Usted y yo buscamos lo mismo, el bien de los hombres; usted aguarda y yo combato; no hay más diferencia entre nosotros.

P. RAM. ¿Por qué te la llevas?

MIG. Me la llevo porque entre nuestros dos misticismos ha triunfado el que tenía que triunfar, el que representa la vida.

P. RAM. También es egoísta el misticismo tuyo.

MIG. ¡Naturalmente! Hasta en lo divino existe egoísmo.

P. RAM. Te probaré que no. Ella era mi sola compañía, el consuelo que recordaba tiempos dichosos; el rayo de felicidad que entraba aquí... ¡el único! ¡Tú te la llevas! Yo os bendigo. (Llorando.)

MIG. ¡Es usted un santo!

P. RAM. Soy un esperanzado. Tú no. ¡Ya ves si hay diferencia entre el uno y el otro! (Llorando.) Os bendigo, pero cásate con ella y ámala y hazla dichosa para siempre.

MIG. Será mi mujer.

P. RAM. Anda. No la abandones. Nada importa que me dejéis. (Entran por el fondo los Pobres.) Mira. Ahí vienen mis pobres. Ellos serán mi compañía. Anda.

MIG. (Estrechándole la mano y enjugando el llanto.) ¡Padre mío!

P. RAM. Vé con ella. (Miguel sale por el fondo.)

ESCENA X

PADRE RAMÓN y POBRES 1.° y 2.° y dos pobres

P. RAM. (A los Pobres.) ¡Venid vosotros! ¡Llegad hasta mí, hermanos! ¡Venid y dad vuestro consuelo á mi pobre corazón dolorido! (Los pobres siguen en la puerta.) ¿Tampoco venís? ¿Tampoco vosotros venís?

POB. 1.° No hemos venido estos días atrás, porque... francamente... usted no puede socorrernos y...

P. RAM. Y vais á otra parte, ¿verdad?

POB. 1.° ¿Qué vamos á hacer?

P. RAM. Ir. Nada tengo. ¡Os lo he dado ya todo! Todo lo que tenía os lo he dado. Idse... y dejadme solo también.

POB. 1.° Usted comprenderá... Usted no sabe vivir en este mundo y nosotros... nosotros tenemos que vivir.

P. RAM. Vivid y dejadme. (Los pobres salen por el fondo.) ¡Solo! ¡Todo solo! ¡Todos me dejan! ¡Todos me abandonan!... ¡Todos! (Mirando al Cristo.) ¡Todos no! ¡Ahí está Cristo que no cierra nunca sus brazos!... (Va arrastrándose de rodillas hasta el Santo Cristo y se abraza á él llorando.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración que en los actos segundo y tercero.—Al levantarse el telón, aparece en escena Jorge del Pozo sentado ante la mesa de escritorio revolviendo papeles y apartando algunos y Francisca, á su lado, en pie.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCA y JORGE

FRAN. Estaba enfermo. ¿Qué iba á hacer una madre? Venir. No es que me haya llamado; el pobre, por no molestar á nadie, se moriría solito como un hongo. ¡Y se morirá! ¡porque yo le encuentro muy malo! Ayer, cuando le dieron el Señor, tuvo así como una mejoría; pero le duró poco. Hoy está peor. (Llora.)

JORGE No llore, Francisca. Mientras se vive hay esperanza. Claro que yo le encuentro grave; prueba de ello es que no quiero dejar aquí ningún documento que le comprometa, si muere.

FRAN. ¿Eh?

JORGE Pierda usted cuidado, esté tranquila. No dejaré ningún papel que le perjudique y que nos perjudique á nosotros.

FRAN. Yo sólo deseo que se salve.

JORGE Confíe usted en mí. Estoy apartando escri-

tos peligrosos. Se quemarán cuando llegue la hora, si llega, antes de que entren en casa los extraños.

FRAN. Usted sabe mejor que yo lo que se debe hacer. Pero, ¡si él lo viese! ¡El, que guardaba estos papelotes como reliquias!

JORGE ¿No tiene usted confianza en mí?

FRAN. Sí, señor. ¡Pobre hijo mío!... ¡Pobre de mí si se me muere!...

JORGE ¡Perderíamos á uno de nuestros mejores poetas!

FRAN. ¡Yo lo perderé todo!

JORGE ¡Calla!... (Leyendo un cuaderno.) ¡Sus memorias! Estas no las quemo. Las guardo para mí. (Lo hace.)

FRAN. No sé lo que son, pero guárdelas. Suerte es que un amigo, tan bueno como usted, arregle sus cosas. Le estoy á usted muy agradecida.

JORGE No tiene que agradecerme nada. Lo hago en atención al que dirán. Aquí hay versos y pensamientos que pueden perturbar las conciencias, impropias de un ministro de Dios. No es que digan ellos nada malo, pero ciertas cosas no son para leídas por todo el mundo. La gente es mal pensada.

FRAN. Ya lo sé, ya lo sé. Hay que cuidarse mucho de lo que puede decir la gente. El no se cuidó nunca. Por eso se apartaron las gentes de él hasta que se fué aquélla...

JORGE ¿Qué vida ha llevado?

FRAN. Como no he salido de la montaña lo ignoro. Vivía con ese... con Miguel.

JORGE ¿Casados?

FRAN. (Irónicamente.) ¡Casados! Por lo civil, si acaso, y me corro.

JORGE ¡Allá ellos!... Recomiendo á usted que nunca diga á nadie que hemos quemado estos papeles. A usted y á mí nos podría traer muchos disgustos.

FRAN. ¡Dios mío.... ¿Hacemos algún mal?

JORGE Al contrario. ¡Pero como la gente es tan murmuradora!...

FRAN. Descuide usted. El único que puede saberlo

es Ramón, y ya comprenderá que lo hemos hecho por su bien.

JORGE — No está para enterarse de cosa alguna el infeliz.

FRAN. — Sí; cuanto les veo hacer á ustedes, me dice que se va á morir pronto.

JORGE — ¡Quién sabe!... Sin embargo, esté prevenida. Las enfermedades del corazón...

FRAN. — ¡Mi hijo se morirá! ¡Le digo á usted que se morirá! (Dirigiéndose á la derecha.)

JORGE — ¿Dónde va usted?

FRAN. — ¡A verle, siempre que abro esa puerta, me parece que voy hallarle muerto!

JORGE — No vaya usted á asustarle ahora con sus lloros.

FRAN. — ¡Ay, mi pobre hijo se muere! ¡Hijo mío! ¡hijo mío! (Sale por la derecha.)

JORGE — ¡Bestias ó no, siempre son madres! ¡Ea! (Atando los papeles que ha separado. Entra don Andrés por el fondo y Jorge guarda los papeles.)

ESCENA II

JORGE y DON ANDRÉS

D. AND. — ¡Salud! ¿Cómo andamos? ¿Cómo sigue el ilustre enfermo?

JORGE — Malísimo. Puede morir de un momento á otro.

D. AND. — ¡Qué pérdida! A mí me ha dado muchos sofocones; pero conocía su carácter y se los perdono. Créalo usted. Será una muerte muy sentida.

JORGE — Sí. Seremos muchos á llorarle.

D. AND. — ¡Sí seremos! ¡Ya verá usted, ya verá el entierro!... Yo, en cuanto doble la cabeza, telegrafiaré al distrito; van á venir comisiones de todos los pueblos. ¡En mi distrito son así! En vida suya creo que nadie le ha leído; pero cuando haya muerto quedarán bien. Yo tampoco he leído sus libros nunca.

JORGE — ¡Lo dice usted así, tan satisfecho!

D. AND. — ¡Hombre! La política no me deja tiempo

para leer. Por supuesto que al entierro irá el partido en masa. Todos los liberales progresivos hemos resuelto acudir en son de protesta.

JORGE ¿En protesta de qué?

D. AND Hombre, en protesta. Nosotros siempre que tenemos ocasión de protestar, protestamos.

JORGE ¡Si él no era liberal!

D. AND. ¡Sí que lo era! Oiga usted, ¿deja algo?

JORGE Ni un céntimo.

D. AND. ¿Y quiere usted nada más liberal que morirse con la caja vacía?

JORGE Eso no significa nada. Yo me tengo por muy católico y no ando en camino de amontonar billetes.

D. AND. Nosotros le consideramos del partido é iremos á su entierro en manifestación.

JORGE Allí nos encontraremos, y pronto, desgraciadamente. Si le repite el ataque de ayer podemos preparar la caja. (Entra por el fondo Sariol.)

ESCENA III

DICHOS y SARIOL

SARIOL Buenas tardes. Esta casa está siempre abierta.

JORGE El padre Ramón dice que las casas de los curas siempre han de estar abiertas.

D. AND. No hay cuidado: no le robarán.

SARIOL ¿Cómo sigue?

JORGE Peor.

SARIOL Le traigo una noticia y creo que convendría prepararle antes de dársela.

JORGE ¿Es mala?

SARIOL Muy buena; solo que podría impresionarle. Esta tarde manda el Obispo á su secretario en visita oficial. Ha sabido que está muy malo y quiere despedirse de él por delegación.

JORGE Nobilísima idea.

D. AND. La apruebo.

SARIOL Conviene preparar al enfermo. Una alegría puede acabar con él.

D. AND. Verdad. El pobre no está acostumbrado á tener alegrías.

JORGE ¡Aunque lo estuviera! Visitas oficiales de esta índole no caen á todas horas.

SARIOL Y menos á la hora de la muerte.

JORGE Entremos á decírselo.

SARIOL (Que se ha acercado á la puerta derecha.) No hace falta; viene hacia acá.

D. AND. ¿Se ha levantado?

SARIOL Así parece. (Entra por la derecha el padre Ramón con un libro en la mano y acompañado por el padre Juan y Francisca, que le sostienen.)

ESCENA IV

DICHOS, PADRE RAMÓN, PADRE JUAN y FRANCISCA

SARIOL Así me gusta, padre Ramón. ¡Hay que andar un poquito!

D. AND. ¡Tiene usted mucha mejor cara!

P. RAM No voy mal del todo, á Dios gracias.

FRAN. ¡Claro que va bien!

P. RAM Sí voy bien... ¡Muy bien!

JORGE ¿Ha descansado usted?

P. RAM Todavía no.

P. JUAN Siéntate aquí. No sé cómo puedes estar en tu cuarto con tan poca luz.

P. RAM Para morir, sobra. (Se sienta en un sillón.)

P. JUAN ¡Quién habla de morir! Los médicos dicen que estás mejor.

P. RAM Los médicos hacen lo que pueden, pero no pueden mucho... Me hablan ustedes de la muerte como de una cosa temible. Háblenme sin miedo, á mí no me espanta, la aguardo.

JORGE A quien ha de aguardar usted es á cierta persona que viene á hacerle una visita por todos conceptos agradable.

P. RAM. (Animándose.) ¿Quién es? ¿Dígame usted quién es?

D. AND. No se alarme usted. Viene para darle á usted valor, para saludarle.

P. RAM ¿Quién es?

JORGE El Secretario de su ilustrísima.

P. RAM (Con desaliento.) ¡Ah!

D. AND. ¿No le complace la noticia?

P. RAM Mucho. En alguna ocasión no traté al señor Secretario con humildad. Le agradezco que me perdone.

JORGE Viene de parte del señor Obispo. Es el señor Obispo quien le manda venir.

P. RAM Páguselo Dios.

D. AND. Le hace á usted un honor múy grande.

P. RAM. ¿Tan enfermo me cree?

JORGE No, pero se interesa por la salud de usted.

P. RAM Venga cuando quiera á despedirme.

P. JUAN ¿Ve usted lo que le pasa con las visitas? Se impresiona...

P. RAM. No lo crean ustedes. Del ahora no espero nada, todo lo espero del después. A no dejar en este mundo las lágrimas de los que me quieren me iría sin pena.

SARIOL Vamos, no esté usted triste.

P. RAM Estoy triste por la tristeza de los otros y por mi tardanza en morir. Vivir ¡cuánto cuesta! ¡Cuánto cuesta morir también!

FRAN. ¡No digas eso, hijo de mi alma!

P. RAM ¡Pobre madre! Hasta para morir tengo que disgustarla.

FRAN. Me disgustas hablando así.

D. AND. ¡Vamos! Eso no es nada. Una miaja de abatimiento. Vaya, ¡alégrese! Nosotros iremos á enterarnos de la hora en que el Secretario vendrá á verle.

P. RAM Si quiere hablarme, que no tarde mucho.

D. AND. Volveremos todos á hacerle un poco de tertulia. Usted necesita distraerse.

JORGE Venimos en seguida. No piense usted en nada.

P. RAM. ¡Que no piense en nada y puedo morirme dentro de una hora!

JORGE Quiero decir que no se preocupe, que no se entristezca.

P. RAM. (A padre Juan.) ¿Ha oído usted? ¡Y se llaman

cristianos! ¡Señor, Dios mío, cuánta inconciencia! (Salen por el fondo Jorge, don Andrés y Sariol. El padre Juan les acompaña.)

ESCENA V

PADRE RAMÓN y FRANCISCA

P. RAM. ¿Se fueron ya?

FRAN. Sí.

P. RAM. Acérquese usted, quiero hablarle.

FRAN. No te fatigues. Lo primero es que no te fatigues.

P. RAM. Madre, escúcheme usted y no se aflija por lo que le voy á decir. Crean lo que crean los médicos, yo siento una voz interior que me advierte que tardaré poco en morir.

FRAN. ¡Hijo!

P. RAM. Mi alma se prepara y me avisa. Dentro de poco se quedará usted sola en el mundo; en este mundo donde no he proporcionado á usted ninguna alegría. Los hombres que viven de esperar no están hechos para proporcionarlas; y yo espero, madre, espero dar á usted en la gloria lo que le ha faltado en la tierra.

FRAN. ¿Por qué te atormentas?

P. RAM. Porque quiero que me perdone usted. No he sido bastante hijo, la he amado á usted como una sombra de hijo; no he cumplido con sus deseos; no he sido nada en este mundo; siempre fuí pobre; un pastor sin ovejas; un pobre sin ventura; un pobre... ¡muy pobre!

FRAN. ¿Qué importa eso, hijo mío?

P. RAM. Importa; porque la dejo á usted en medio de la vida, y la dejo anciana; le pido á usted perdón por dejarla como la dejo.

FRAN. ¡Yo! ¡Qué voy á perdonarte yo!

P. RAM. Que la haya hecho subir al Calvario conmigo, y que al estar en lo alto del monte la abandone desde mi cruz; que no me haya acordado de que no era yo solo á sufrir; que

no la haya amado como debe ser amada una madre: á todas horas, en todos los momentos, con cada latido del corazón.

FRAN. ¡Demasiado me quieres!

P. RAM. El amor al prójimo ha robado mucho al amor de usted. He llorado tanto por los hombres, que no he tenido lágrimas para usted. ¡Déjeme llorar por usted el poco tiempo que me queda! (Se abraza á Francisca llorando.)

FRAN. ¡Hijo!

P. RAM. Ahora escuche. No la dejo dinero; ¡ni siquiera dinero la puedo á usted dejar! pero recoja usted mis papeles. Ellos, acaso ellos le den á usted para vivir...

FRAN. Aquellos papeles... (Señalando á la mesa.)

P. RAM. Todos son de usted. Son versos que se volverán poesía para mantener á una madre.

FRAN. (Aparte.) ¡Dios del cielo!... ¡Y el otro!.. ¡Qué canalla!

P. RAM. Madre, cuando yo muera, despídame de los pobres, de aquellos que venían á casa; despídame de tantos desgraciados como hubiese querido socorrer y á quienes no he podido socorrer; de tantos como aguardan la muerte que no llega. ¡De todos! Y si un día la ve... Me muero y ya puedo decirlo. Si un día la ve... despídame usted de ella.

FRAN. ¿De Marta?

P. RAM. No la trate mal. ¡No me deje tan amargo recuerdo!

FRAN. No, hijo mío; si hubiese venido, la hubiera recibido bien.

P. RAM. ¿Por qué no la ha hecho usted venir?

FRAN. Ignoro dónde está.

P. RAM. ¿No sabe que estoy malo? ¿No sabe que me muero? ¿Qué será de Marta?

FRAN. ¡Si supiese dónde está, te juro que te la traería!

P. RAM. ¡Madre!...

P. JUAN (Dentro.) ¡No puede entrar nadie!

P. RAM. (Esperanzado.) ¿Quién es?

FRAN. Alguna visita.

P. RAM. ¡No!

FRAN. Alguno á quien Juan no permite la entrada.

P. RAM. ¡Es ella! ¡Es ella!

FRAN. ¡No delires, hijo de mi alma!

P. RAM. (Levantándose.) ¡Sea quien sea, que entre! ¡Quiero que entre, sea quien sea! ¡Que entre! (Francisca, que ha llegado al fondo, hace entrar á Marta, que viste de luto. Francisca y el Padre Juan salen por el fondo.)

ESCENA VI

PADRE RAMÓN, MARTA

MARTA ¡Ramón!

P. RAM. Marta... ¿Eres tú?

MARTA Yo, que vengo á verte.

P. RAM. ¡Dios te lo pague! ¿Cómo has tardado tanto tiempo en venir?... (Cae medio desvanecido en el sillón.)

MARTA Perdóname...

P. RAM. Te esperaba... Te esperaba á cada minuto. ¡Qué alegría me das!

MARTA Vengo para salvarte, para darte valor.

P. RAM. Llegas tarde. No importa. Bien venida seas.

MARTA ¡Llego tarde!

P. RAM. Para darme consuelos, no. ¡Háblame! Temo dejar de oirte pronto.

MARTA Me has salvado tantas veces, que quisiera salvarte yo una.

P. RAM. Oye. Siéntate aquí, muy cerca, y háblame. Tengo sed de escuchar tu voz. ¿No supiste que estaba malo?

MARTA Lo temía.

P. RAM ¿Por qué no has venido antes?

MARTA Por Miguel.

P. RAM. ¿Y él? ¿También es un ingrato?

MARTA No; te apreciaba como no apreció á nadie nunca.

P. RAM. ¿Por qué no viene entonces?

MARTA ¿No me ves de luto?

P. RAM. ¿Ha muerto?

MARTA Lo mataron.

P. RAM. ¡Dios mío!

MARTA Lo mataron. ¡A qué decirte cómo! No quiero cansarte con mis penas.

P. RAM. ¿Murió de muerte deshonrosa?

MARTA No. Lo mataron de un tiro cuando predicaba por el mundo, siendo misionero de los pobres.

P. RAM. (Con gran fervor.) ¡Dios santo! ¿qué cielo tienes guardado para los que son buenos y no creen?

MARTA ¡No sabes la vida que hemos llevado desde el día en que te dejé!

P. RAM. ¡Ya me lo figuro!

MARTA ¡Cuánto hemos corrido perseguidos de una parte á otra!... El siempre adelante; yo siempre con el miedo de perderlo á él.

P. RAM. ¿De perderlo dices?

MARTA Cuanto más bueno era más le perdía; cuanto más cosas abarcaba su amor, más se alejaba de mis brazos.

P. RAM. Siempre ocurre así.

MARTA Llegó un instante en que ni siquiera me veía. ¡Tan ciego y tan alucinado estaba!

P. RAM. ¡Pobre Marta! Y Miguel, ¿qué hacía?

MARTA Defender á los caídos, ayudarles, conducirles á una felicidad que él soñaba. No sé lo que hacía. Lo que sé es que predicando amor para todos, una bala.. de todos le hirió enmedio del corazón.

P. RAM. El prógimo siempre hiere en el corazón. Yo me muero y á él lo mataron.

MARTA ¡Ramón!

P. RAM. Y desde entonces, ¿qué ha sido de tí?

MARTA No receles. Soy digna de estar al lado tuyo. El recuerdo de tus consejos me ha defendido. Tu memoria me ha acompañado en todos los peligros. Cuando estaba á punto de caer me parecía que tú me dabas la mano y me levantabas. ¿Por qué no me la diste desde el primer momento?

P. RAM. Si te la hubiese dado casándome contigo, acaso no pudiera decirte «hasta luego» como te lo digo hoy. La vida es sólo un instante

de estar juntos. Ahora tenemos la gloria para una eternidad.

MARTA ¿Me has amado?

P. RAM. Dios te lo dirá si rezas para que nos encontremos allí. Te he amado mucho, ¡mucho! A la hora de la muerte no puedo mentir á nadie, ni á mí propio; pero te he amado de una manera muy distinta á la que tú entiendes por amor.

MARTA ¡Quiero que vivas!

P. RAM. Y yo quiero que reces, que pidas á Dios para que nos abra las puertas del cielo. Encontraré más cielo en el cielo si vas tú á él.

MARTA Rezaré. Ramón, tú me ayudarás.

P. RAM. ¡Quién me ayudará á mí!

MARTA Yo. ¿No ves que traigo toda mi salud para dártela? ¿No la sientes entrar en tí?

P. RAM. (Como reviviendo.) ¡Sí!... Creo que respiro mejor.

MARTA Soy yo que te traigo mi juventud.

P. RAM. Debe ser verdad. Me parece que al lado tuyo aspiro aquella juventud perdida.

MARTA No me moveré nunca del lado tuyo. Rezaremos juntos; te ayudaré á sufrir; ya me he hecho á sufrir; esperaré en tí; pero por el cielo que esperas tú, ¡no me dejes sola! porque yo necesito de tí; porque te quiero; ¡porque no he querido á nadie más que á tí!...

P. RAM. ¡Dios mío! Si peco de pensamiento ¡mátame!

MARTA No temas. Te amo con lo más puro que hay dentro de mi alma, con el alma toda que guardé para tí sin mancha. No; no seré la criatura de antes. Seré la mujer que tú anhelabas ver en mí. Ni aun mujer; una amiga... una hermana que espera.

P. RAM. ¿Y seguirás el buen camino?

MARTA Iré donde me lleves.

P. RAM. Pues viviré para salvarte. No te muevas de aquí. (Se levanta del sillón donde vuelve á caer.) ¡Dame aire, Señor! ¡Aire del cielo! ¡Lo necesito para salvar una alma! (Entran por el fondo los que se indican en la escena séptima.)

ESCENA VII

PADRE RAMON, MARTA, FRANCISCA, PADRE JUAN, EL SECRETARIO DEL OBISPO, JORGE DEL POZO, SARIOL, DON ANDRÉS y dos PAJES

JORGE (Entrando el primero y viendo á Francisca que sale por la primera izquierda con un quinqué encendido que dejará encima de la mesa.) Señora Francisca, el Secretario del Obispo está aquí con otros señores.

FRAN. ¡Que entren!

JORGE ¿Quién está con el padre Ramón?

FRAN. Marta.

JORGE ¿Aquella? ..Convendría que saliera inmediatamente.

FRAN. ¡No es cosa de echarla! (Entran el Secretario del Obispo y los demás.)

SEC. Vamos á ver. ¿Dónde está el enfermo? No será ello tan grave. Es joven. La juventud todo lo resiste.

P. JUAN Eso le digo yo.

SEC. ¡Vaya!... ¡Vaya!... Buenas tardes, padre Ramón.

P. RAM. (Con alegría.) Bien venidos.

SEC. Le veo muy acompañado.

JORGE (Aparte al Secretario.) Es Marta... aquella Marta...

SEC. (Cambiando de tono.) Le veo más acompañado de lo que suponía y de lo que era de esperar. Como está usted en familia... digámoslo así; aunque traigo una misión honrosa no quisiera estorbarle. Si está usted para hablar, hablaremos; si no hablaré yo solo, pero creo conveniente que hablemos los dos; no diré solos, diré con toda confianza. Estos señores son amigos también.

FRAN. ¿Quieren que me vaya?

SEC. Usted es madre. Nada más justo que esté junto á su hijo.

MARTA ¿Soy yo quien debo irme?

P. RAM. (Sufriendo un ataque y entrando en la agonía.) No la echen.

FRAN. Marta, no te muevas.

SEC. Es hora de que su hijo de usted hable con su conciencia.

P. RAM. No me mortifiquen. Moriré como debo.

SEC. No digo lo contrario, pero rodearse de peligros en estos momentos, no lo aprobará quien le estime.

FRAN. Si le quieren tanto, ¿á qué le mortifican?

P. JUAN ¡Francisca!

FRAN. No quiero callar ¡ea!... Todo eso lo dicen por Marta ¿verdad? Pues ahora soy yo quien la defiende. No se irá. Mi hijo la quiere, yo también la quiero y se queda. No es ningún pecado cuando se está enfermo rodearse de las personas que se quiere.

JORGE Lo es.

FRAN. Mayores pecados tiene usted en la conciencia.

P. RAM. ¡Madre!

FRAN. Déjame hablar, hijo. ¡Esta gente acabaría por matarle! ¡Vaya un modo de consolar!

SEC. No venimos á molestarle y menos todavía á dar un escándalo. Creíamos tratar con un cristiano, con uno de los nuestros y nos hemos equivocado. Daré órdenes al padre Juan, le diré á él lo que tenía que decir al padre Ramón... y me retiraré... por segunda vez.

FRAN. Sí, dígaselo usted á Juan que tiene más paciencia.

SEC. Vámonos á otra habitación y que Nuestro Señor le ilumine. (Entran todos en el cuarto de Ramón menos Francisca que sale por el fondo y Marta que queda á los pies de Ramón.)

ESCENA VIII

RAMÓN, MARTA. Al final FRANCISCA y el PADRES JUAN

P. RAM. ¡Aire!... ¡Aire!... ¡Me ahogo!... ¡Me muero! ¡Jesús mío! ¡Marta! ¿Dónde estás?

MARTA ¡Ramón!

P. RAM. ¿Dónde se han ido?

MARTA Ya están fuera.

P. RAM. No; que aun los oigo. ¡Abre! ¡Abre las ventanas!...

MARTA ¡Tendrás frío, Ramón!

P. RAM. ¡Quiero tener frío! ¡Quiero morir! ¡Jesús mío, no me hagas esperar! ¡Llévame!

MARTA ¡Vive para mí!

P. RAM. ¡No puedo! ¡No puedo respirar! ¡Se me llevan el aire!

MARTA ¡Vuelve en tí, por Dios!

P. RAM. ¡Ya estoy mejor!... Ya pasa. ¡Jesús me mira, me mira y se apiada de mí! ¡Perdón por mis culpas! ¡Me arrepiento de todo! ¡Jesús mío, os entrego el corazón, las lágrimas, el alma, el amor... todo!

MARTA ¡Ramón mío!

P. RAM. Ora por mí. No me despiertes. (Dándole el libro.) Lee en la última hoja.

MARTA No puedo leer. (Cae una flor seca del libro.) ¡Una flor seca! Es mi pasionaria. ¡Ramón!

P. RAM. El calvario... El calvario concluye.

MARTA ¡Socorro! ¡Tía! ¡Tío Juan!

FRAN. (Entra.) ¿Qué?

MARTA ¡Que se muere!

FRAN. ¡Hijo! ¡Hijo! (Entra el padre Juan.)

P. RAM. Madre... Te recomiendo á Marta... Marta, te recomiendo á mi madre... ¡Perdón! ¡Perdón! (Muere.)

FRAN. ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! (Rompe en sollozos.)

(Entran el Secretario, Jorge, Sariol y don Andrés.)

ESCENA IX

TODOS

SEC. ¿Qué pasa?

FRAN. ¡Mi hijo! ¡Muerto! ¡Muerto!

SEC. ¡Muerto!... Apártese, Marta. Se lo pido por su memoria.

P. JUAN (Levantando á Marta.) Ven conmigo. Los dos lloraremos por él, hija mía.

SEC. Lloremos todos. Ha muerto uno de los nuestros. Era un santo y un gran poeta. (Todos se arrodillan y rezan.) Santa María, madre de Dios. (Telón.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE JOAQUIN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley, drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.
Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso,
Luciano, drama en tres actos y en prosa.
El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.
Juan José, drama en tres actos y en prosa.
El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.
Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso (1).
La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso (1).
El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.
Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.
Aurora, drama en tres actos y en prosa.
De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.
El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.
Spoliarium, novelas cortas.
Tinta negra, artículos y cuentos.

---

(1) En colaboración con Manuel Paso

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas